

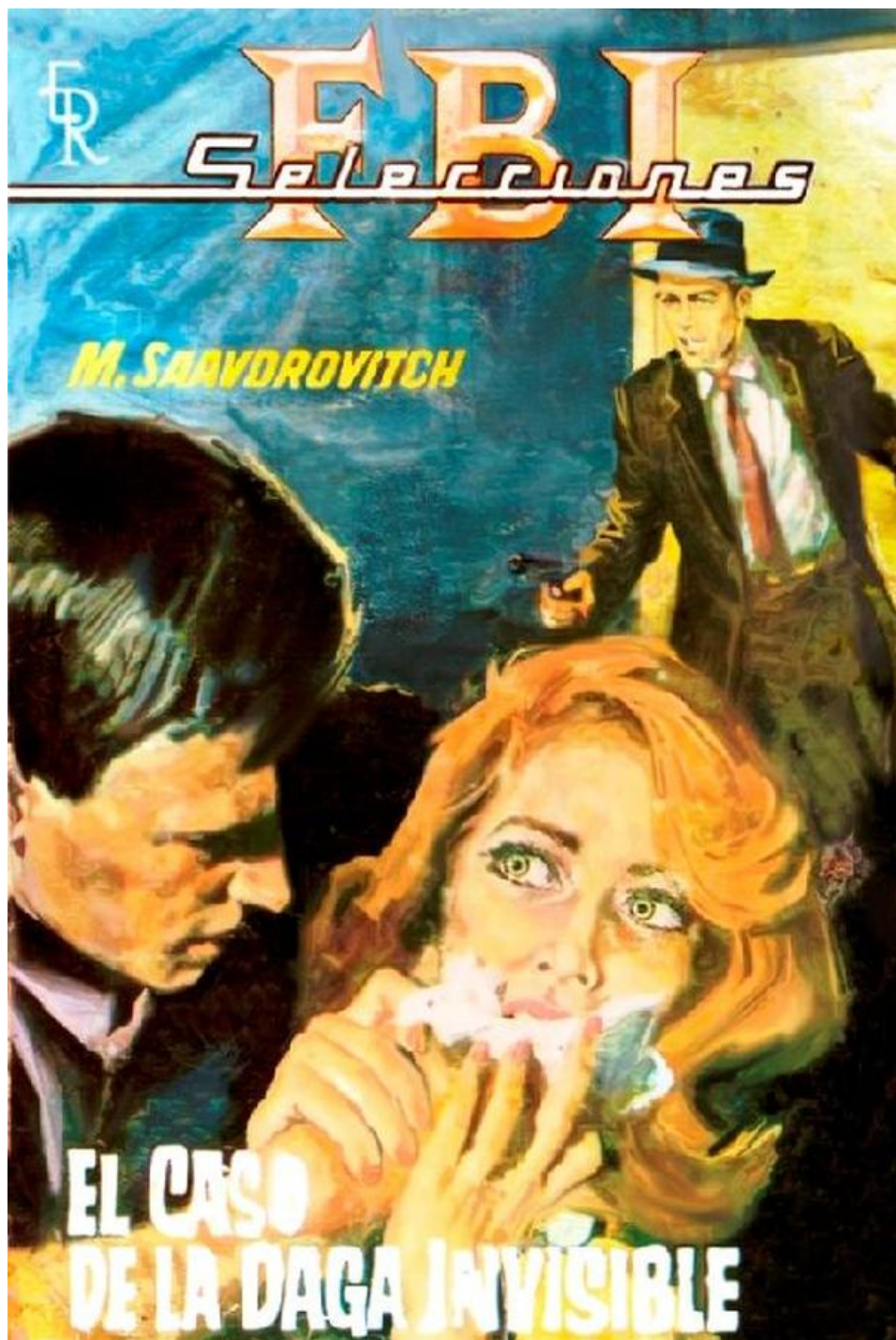
FR

FBI

Selecciones

M. SAAVDROVITCH

**EL CASO
DE LA DAGA INVISIBLE**



**SELECCIONES
DEL
F.B.I.**

M. SAAVDROVITCH

**EL CASO
DE LA
DAGA
INVISIBLE**

Título del original en inglés:
THE CASE OF THE INVISIBLE DAGGER

© EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid - 5. España

Núm. Rgtro: 4.098 - 1958

Dpto. legal: M. 2.090 - 1965

Printed in Spain

JOSE RUIZ ALONSO - Imp. - Quiñones, 2 - T. 224 26 51

CAPÍTULO I

Mi nombre es Bill Mac Patrik y mi profesión matar el tiempo. Quiero decir con esto que me ocupo en varias tareas a cuál más agradable.

Cuando la guerra mundial estaba prestando servicio en las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, con el grado de capitán piloto.

Allí conocí a Franklin L. Chang, un americano de remoto origen chino, doctor en medicina.

Nos hicimos grandes amigos y estuvimos en contacto casi todo el tiempo que duró la tremenda conflagración.

Después de firmarse la paz le perdí de vista durante casi un año y en aquél, lapso de tiempo fue cuando murió mi tía Ágata.

Tuvo la amabilidad, que nunca agradeceré bastante, de dejarme toda su fortuna, que ascendía a casi un millón de dólares, invertidos en excelentes pozos petrolíferos situados en Oklahoma.

Siempre la quise mucho, pero después de este rasgo puedo afirmar que su memoria será lo mejor de mi vida.

Volviendo a mi amigo Chang, un día tuve la suerte de encontrarle en una calle de Washington.

Nuestra amistad se renovó. Al decirle que no encontraba nada en que poder divertirme, me ofreció un pequeño papel en un drama que estaba resolviendo.

Según averigüé después, pertenecía nada menos que al F. B. I.

y aquel pequeño asunto nos llevó hasta las lejanas costas de China. Chang necesitaba un piloto que fuera de su entera confianza y de aquí que me propusiera ayudarle.

Siempre he tenido ciertas aficiones literarias y en cada caso de

Chang en que he intervenido me he tomado la molestia de reseñar las notas necesarias para hacer luego un relato fiel de la aventura.

Después de esta pequeña introducción, puedo pasar a lo importante, que es la relación de uno de los casos más apasionantes que ha resuelto la aguda inteligencia de Chang.

Me refiero al asunto que fue bautizado por el

F. B. I.

con el nombre de «El caso de la daga invisible». Empezó en una hermosa tarde de primavera.

Me encontraba en mi casa de Washington haciendo los preparativos necesarios para un viaje que duraría unas tres semanas.

Hacía tiempo que deseaba ir a California, en parte para disfrutar de su hermoso clima y en parte para jugar al «golf» con entera tranquilidad.

Franklin L. Chang es un jugador extraordinario y mi mayor aspiración es conseguir derrotarle, por lo que más de una vez había aplazado el viaje a fin de que las esperadas vacaciones de mi amigo llegaran a ser una realidad.

El jefe de Chang se mostró conforme en perderle de vista por tres semanas.

Hicimos las maletas y allí estaba yo, esperando la llegada del agente del

F. B. I.

para salir en mi «roadster» como una flecha, con dirección a California.

La hora de reunión se había fijado en las tres de la tarde y cuando comprobé por mi reloj que eran las dos y media, empecé a ponerme nervioso.

El timbre del receptor telefónico me hizo pegar un salto. Lo tomé, sintiendo una especie de presentimiento.

—¡Diga!

—¡Hola, Bill! —Era Chang.

En su voz pude advertir un tono metálico, que no me gustó.

—Escucha. No tengo tiempo que perder. Toma el coche y ven inmediatamente al número treinta y dos de la Delaware Avenue, quinto piso, puerta C. Repite esta dirección.

Hice lo que me pedía y Chang prosiguió:

—Muy bien. No tardarás más de cinco minutos en llegar. Así que no te entretengas y, por favor, no hagas caso de las señales de tráfico. Te necesito inmediatamente.

No tuve tiempo de decir nada más, pues oí como colgaban desde el otro extremo de la línea.

Lancé un par de maldiciones, aprendidas en los tiempos en que pilotaba un «B-26».

Y, naturalmente, salí en busca de mi amigo a toda velocidad.

Cuando llegué ante el 32 de Delaware Avenue, tuve que echar mano a las maldiciones otra vez.

Los lugares de aparcamiento estaban todos ocupados y fue necesario llegar hasta el cruce con Virginia Avenue para dejar el coche en un garaje que conocía.

Total, que llegué con casi diez minutos de retraso a la cita.

Cuando me vi ante la puerta C, vacilé un momento. ¿No podría ser alguna broma?

La placa de metal de la puerta decía:

«DR. RAYMOND HALSEY»

Oprimí el botón del zumbador y me dispuse a sufrir las consecuencias de lo que ocurriera.

Pero un momento después se abrió la puerta y apareció la pálida faz de Chang ante mí.

—Pasa —me dijo lacónicamente.

Lo hice así y Chang me condujo hasta una especie de cuarto de estar, lleno de cosas raras, como pájaros disecados, máscaras indias y sabe Dios cuántas cosas más.

Me senté junto a la abierta ventana y esperé que se abriera la caja de los truenos. —Me temo— sonrió —que nuestras vacaciones tendrán que sufrir otro aplazamiento.

—¿Por cuántos años esta vez? —pregunté, con toda la ironía de que fui capaz.

—Por cuarenta y ocho horas, desgraciadamente.

Si lo que quería era impresionarme, debo confesar que lo estaba consiguiendo.

Le miré interrogativamente. Chang asintió con la cabeza.

—Puedes empezar a tomar tus malditas notas —empezó—. Porque tenemos un trabajo que nos ocupará necesariamente menos de dos días. Como habrás visto, esta casa pertenece al doctor Halsey, una notabilidad en cuestiones nucleares, miembro de la Atomic Energy Commission, en el Departamento de Defensa.

Se interrumpió para sacudir la ceniza de la cachimba.

Luego prosiguió:

—Fue profesor de Harvard cuando estaba yo estudiando. Últimamente leí en la Prensa que no se encontraba muy bien de salud, de modo que anoche le llamé por teléfono para despedirme de él y de paso conocer qué tal se encontraba. No estaba en casa.

«Esta tarde, a las dos, me llamó él. No tuve tiempo de sorprenderme. Me dijo, con voz entrecortada, que tenía que comunicarme algo de vital importancia para la nación que acababa de descubrir».

«Lo único que pude sacar en claro fue que alguien ha colocado explosivos nucleares en importantes centros comerciales y militares del país y que la explosión está graduada para el día diez, es decir, dentro de dos días. Insistió en que fuera inmediatamente a su casa».

Hizo una pausa y continuó:

—Acompáñame y verás lo que encontré a mi llegada. La puerta estaba cerrada y tuve que usar de mi habilidad para entrar.

Le seguí por el corredor y me condujo hasta una estancia que, evidentemente, se destinaba a estudio.

Había grandes estanterías llenas de libros y sobre dos grandes mesas, una porción de aparatos e instrumentos, de cuyo uso no tenía yo la menor idea.

Las dos ventanas de la habitación estaban semi-cerradas, por lo que, acostumbrado a la claridad que reinaba en el sitio de donde habíamos salido, no pudo percibir muchos detalles.

Luego que Chang encendió las luces, empecé a darme cuenta de que los hechos eran reales.

Boca abajo, con los brazos extendidos y en medio de un gran charco de sangre, había un cuerpo humano. Parecía ser el cadáver de un hombre de bastante edad, con escaso y canoso pelo.

Miré a Chang.

—Sí. Está muerto. Cuando te llamé me di una vuelta por mi laboratorio y he traído algunas cosas que necesitaba. Hay que

empezar a trabajar en seguida. Puede que estuviera equivocado, pero tenemos que obrar como si todo fuera cierto.

Empezó por registrar las ropas del doctor. Encontró una cartera llena de papeles. La examinó y apartó una tarjeta de visita. Decía: «Coronel James Olsen.» Me miró.

—Este nombre me es conocido. Pertenece a un conocido miembro del Departamento de Defensa.

—Creo que está en el Pentágono. Ponte en comunicación telefónica con él y hazle venir inmediatamente.

Recordaba haber visto un receptor en el pasillo, de modo que salí a cumplir las órdenes recibidas.

Me costó algún trabajo conseguir la comunicación que deseaba.

Finalmente pude hablar con mi hombre. Le informé que el agente Chang, del F. B. L, quería su presencia en el domicilio del doctor Halsey.

Puso algunos inconvenientes, pero cuando le dije que el asunto era verdaderamente grave y que no podía darle más detalles por teléfono, se decidió a venir.

Encendí un cigarrillo y volví junto a Chang. Le encontré explorando la herida con un instrumento de acero muy delgado, que, según supe luego, era una sonda.

—He llamado a la Policía hace un rato, de modo que llegarán de un momento a otro —me dijo, sin levantar la cabeza de su delicado trabajo—. Me alegro de haber examinado esto antes de que lo tocara nadie. Hay una cosa que me tiene intrigado. La herida parece producida por un proyectil de gran calibre. Pero tiene dos características que no termino de comprender. Es poco profunda, relativamente hablando y, pásmate, aunque no existe orificio de salida, no hay ninguna bala dentro del agujero.

Sonó el zumbador de la puerta y corrí para abrirla.

Había dos hombres ante ella, que tenían el inconfundible aspecto de policías.

—Soy el sargento Maxton —dijo uno de ellos—. Hemos recibido una llamada y...

No le dejé terminar.

—Pasen, por favor.

Les llevé ante Chang. Los dos policías pusieron el gesto duro al verle inspeccionando el cadáver. Maxton soltó un taco.

—¿No sabe que el cuerpo no se puede tocar hasta que no lo haya examinado el «coroner»?

Chang le devolvía la mirada con toda firmeza.

—Lo aprendí... en Quántico —contestó, serenamente—. Échele un vistazo a esto.

Le alargó las credenciales y el sargento suavizó su voz. Otro personaje intervino en la reunión.

Se trataba de un hombre delgado y con gafas.

Su aspecto delataba al médico de servicio de la Policía. Era el «coroner».

Chang estuvo unos momentos hablando con él sin duda referente al muerto y vi cómo el funcionario asentía. Se habían acercado a la ventana y estaban a cierta distancia de los demás del grupo.

El examen del facultativo fue bastante rápido, pues se limitó a levantar el párpado del muerto.

Luego vinieron más personas. El fotógrafo, que tiró unas cuantas placas y los servidores de una ambulancia.

Levantaron el cadáver y desaparecieron todos. Antes de irse, el «coroner» le aseguró a Chang:

—Tendrá usted mi informe dentro de un par de horas.

Cuando nos quedamos solos, Chang vació su pipa, golpeándola fuertemente contra la pata de la mesa.

Luego la cargó y la encendió. Empezó a fumar de nuevo como una chimenea.

* * *

Jueves, 4,15 de la tarde.

Sonó otra vez el zumbador de la puerta y salí a abrir, si bien no tan de prisa como la primera vez.

Ya suponía yo que sería el coronel Olsen y no me equivoqué. El militar estaba apretando el botón de firme y me obligó a apresurar el paso en los últimos segundos.

Cuando abrí la puerta, tuve ocasión de ver una cara roja, como un tomate y con gesto de pocos amigos. No era muy diplomático el hombre.

—¿Qué demonios sucede? ¿Dónde está el doctor?

Dos preguntas en dos segundos. Le informé que la relación de lo que pasaba era lo bastante larga para que se decidiera a pasar al interior de la casa y sentarse cómodamente, así como que el doctor no podría recibirle porque había muerto.

Aquello le quitó el mal humor de repente. En sus ojos apareció una cautelosa mirada y no volvió a preguntar nada.

Se dejó conducir a presencia de Chang como un cordero.

El agente le hizo, sentarse a cierta distancia del charco de sangre y le relató brevemente parte de lo que sabíamos. El coronel escuchaba con suma atención.

—Lo que me cuenta respecto a este atentado que se prepara, parece fantástico a más no poder, pero conocía al doctor desde que íbamos juntos al colegio y puedo decirle dos cosas: era inteligente en grado sumo y no acostumbraba a equivocarse. ¿Qué podemos hacer, señor Chang?

Chang se quitó la pipa de la boca.

—En primer lugar, puede contarme todo lo que sepa acerca del doctor.

El coronel Olsen encendió un cigarrillo y nos habló durante algunos minutos del difunto. Pero Chang le interrumpió:

—Perdone, coronel. Lo que nos interesa es saber las cosas recientes. A qué se dedicaba y cuál era su misión oficial. Cualquier detalle que nos pueda ser de utilidad.

Olsen afirmó gravemente:

—Era miembro de la Comisión para la Energía Atómica y se relacionaba con el Departamento de Defensa, al cual pertenezco, porque sus trabajos estaban en conexión con la aplicación militar de la energía nuclear. Vivía solo y cuidaba de la limpieza de la casa una mujer bastante joven, que se llamaba Katinka, o algo parecido. Era extranjera, creo, aunque nacionalizada en el país.

—Bien. Es un dato. ¿Conoce la dirección de esa mujer?

Olsen movió la cabeza negativamente:

—Creo —dijo— que el doctor tenía anotadas sus señas en la libreta que hay bajo el aparato telefónico. Una vez me dijo que tenía un nombre tan raro, que cada vez que tenía que llamarla para algún trabajo debía leerlo para acordarse.

Chang se levantó y salió al pasillo. Cuando volvió, llevaba en la

mano la libreta. La ojeó página por página, sin encontrar lo que buscaba.

Por último, una sonrisa distendió su rostro.

Nos mostró el lugar donde había sido arrancada una hoja.

—Menos mal —sonrió— que el doctor hacía sus anotaciones con un lápiz muy duro.

No había nada de raro en ello. Por lo menos pensé así cuando le vi actuar. Sacó un lápiz del bolsillo y valiéndose de un cortaplumas, le hizo una punta extraordinariamente larga.

Luego sacó la mina con la hoja de acero, poniendo debajo un papel que tomó de una mesa.

Produjo un pequeño montoncito de polvo negro.

Puso sobre la mesa la libreta de las direcciones, abierta por el sitio en que faltaba la página, de modo, que precisamente la página de abajo era la que quedaba a la vista.

Derramó sobre ella el polvillo de carbón y luego frotó un papel por encima, suavemente. Después dio un soplo y desapareció el polvillo.

Pero no todo.

Al escribir sobre la otra hoja, el lápiz que se había empleado dejó un rastro que era ahora perfectamente visible.

Me acerqué para ver lo que resultaba. La dirección que buscábamos, borrosa, pero legible, estaba allí:

«Katinka Devine, 113 Braddock Road, Alexandría.»

* * *

Jueves, 4,30 de la tarde.

Alexandría es una de las ciudades satélites de Washington. La enorme cantidad de personas que trabajan en los centros gubernamentales y de otras categorías han hecho necesario que la capital de la nación se desborde por la otra orilla del río Potomac, en tierra de Virginia.

Íbamos por la Jefferson David Highway y Chang, sentado a mi lado, miraba por la ventanilla del coche con aire distraído.

Dadas las cosas de que dependían que pudiéramos hallar a la persona que buscábamos, me encontraba yo sumamente nervioso.

No nos fue difícil encontrar la casa que constituía nuestra meta. Me sorprendió un poco ver que se trataba de una construcción bastante elegante y, desde luego, no en consonancia con la profesión de asistente de la misteriosa Katinka.

Detuvimos el «Roadster» y nos aproximamos a la puerta.

A nuestra llamada salió un hombre que llevaba unas tijeras de podar en la mano.

Tenía todo el aspecto de un jardinero y, efectivamente, lo era, según nos informó luego.

Nos aguardaba una decepción. La señorita Katinka no estaba en casa y no estaba porque se había marchado de viaje.

Y, además, había dejado libre la casa. Lo que quería decir que pensar en su retorno era bastante problemático.

—¿Podemos echar un vistazo, por aquí? —inquirió Chang.

El hombre se rascó la cabeza y dijo que, como empleado de la empresa propietaria del edificio, no sabía si podía, etc. La palabra «policía», que mi amigo dejó caer como el que no quiere la cosa, desvaneció los escrúpulos del jardinero y nos franqueó la entrada.

La casa estaba bastante bien amueblada, demasiado bien para una mujer que se dedica a ganarse la vida manejando el aspirador.

No parecía posible que se encontrase nada que diera luz al asunto, pero en la inspección del dormitorio Chang descubrió algo interesante.

El folleto de una agencia de viajes.

Dimos las gracias al jardinero por su amabilidad y le dejamos rascándose la cabeza, lleno de perplejidad.

Volvimos a Washington. Por el camino y en vista de que a Chang no le molestaba que fuera de prisa, pisé el acelerador a fondo.

Cuando frené, delante del edificio de la agencia, saltó Chang del coche y me costó trabajo seguirle.

Todos sus movimientos me recordaban que el tiempo era algo de que no disponíamos en aquella ocasión.

Cuando le alcancé, estaba interrogando a un empleado de la compañía. Hubo una especie de conferencia y Chang tuvo que mostrar sus credenciales a un señor calvo y gordo antes de que nos dijeran lo que queríamos saber.

Se había vendido un billete de avión para la señorita Katinka

Levine el día anterior.

La señorita lo había recogido personalmente. El destino era la isla de Trinidad, posesión británica del Caribe, frente a las costas de Venezuela.

Nos despedimos y volvimos al coche.

—¿Te das cuenta? —me dijo Chang, cuando estuvimos solos—. Unas horas, antes y todo habría sido distinto. El avión tiene la llegada a Trinidad hoy, a las cinco y cuarto de la tarde. Son las cinco, por lo tanto, no podemos hacer nada. Si hubiéramos dispuesto de media hora tan sólo, quizá se hubiera podido hacer regresar al aeroplano antes de aterrizar, por orden del Departamento de Defensa. Es una lucha del tiempo contra nosotros. El primer «round» lo hemos perdido.

—Bueno —dije—. ¿Adónde nos dirigimos?

—De vuelta al domicilio de Katinka —fue la asombrosa respuesta.

* * *

Jueves, 5,20 de la tarde.

No llegamos hasta el número 113 esta vez. Chang me hizo dejar el coche en un aparcadero de la carretera y al primer viandante, que resultó ser un muchacho que repartía los periódicos de la tarde, le estuvo preguntando algunas cosas, después de meterle un billete de cinco dólares en la mano.

Lo que quería saber era, poco más o menos, qué clase de gente vivía por los alrededores de lo que fuera la vivienda de Katinka.

El chico de los periódicos se portó bien, pues parecía una agencia de informes.

Entre las cosas que anoté figuraban: un sargento de la Fuerza Aérea con su familia, dos viejas solteronas y un profesor de idiomas y familia.

Ocupaban todos estos personajes las casas colindantes a la de Katinka, unos por los costados y otros por la parte del jardín.

Cuando mi amigo terminó con el muchacho, creí llegado el momento de conocer por dónde empezaríamos. Le tocó el primer turno a las solteronas.

Debo reconocer que nos recibieron muy amablemente.

En cuanto a su capacidad para dar informes, sobrepasaba con mucho a la más exaltada imaginación.

De todos modos, algo se sacó en limpio. Por ejemplo, que la tal Katinka se pasaba el día fuera de casa y que se acostaba muy tarde.

Normalmente regresaba a su casa después de las doce de la noche.

El profesor de idiomas no estaba en casa y vivía solo, al parecer, pues nuestras llamadas fueron infructuosas.

Tuvimos más suerte con el sargento de la Fuerza Aérea.

Estaba casado y su esposa, una encantadora muchacha, nos hizo pasar a una sala acogedora.

Luego llamó a su marido y pudimos empezar el interrogatorio con toda comodidad. Él se llamaba Riley y su mujer, Mary.

—No es mucho lo que podemos decir de esa señorita, —manifestó el sargento—, pero supongo que se la puede tachar de tipo raro. Tan pronto aparecía vestida elegantemente, como hecha una facha. Y con arreglo al traje utilizaba los medios de transporte. Cuando iba mal vestida tomaba invariablemente el autobús, mientras que en las demás ocasiones venía a buscarla un elegante automóvil, con matrícula extranjera. Luego hay otra cosa, aunque no puedo asegurar que sea cierta.

El sargento miró a su mujer y ésta sonrió.

—Se trata de lo siguiente: Un día tuvo una visita bastante rara. Me enteré por casualidad, debido a que el hombre se equivocó de casa y se presentó en la nuestra. Era un tipo alto y moreno, de facciones extraordinariamente duras. Preguntó por esa mujer y le mandé a la casa de al lado. Me pareció familiar aquella cara.

—¡Me dijo que era Gino Gaenza! —interrumpió el sargento.

—Estoy segura de ello —manifestó con firmeza su mujer—. Casualmente, su foto había aparecido en todos los periódicos, con motivo de ese asunto del contrabando de drogas. Creo que tuvo que declarar como testigo ante el Tribunal de Nueva York.

Anoté aquel nombre y dimos por terminada la visita.

Cuando nos encontramos en el «Roadster», vi que el semblante de Chang, inexpresivo normalmente, tenía una rara expresión.

—Bueno —exclamé—, ¿qué te ha parecido lo que dice esa señora?

—Si tiene razón y creo que la tiene, porque las mujeres suelen fijarse muchos en los detalles, tenemos ante nosotros un hilo que nos puede llevar a donde queremos. Pero, hasta ahora, no hemos tenido suerte. Los hilos son tan delgados que al tirar de ellos se rompen.

Puse el motor en marcha.

CAPÍTULO II

Jueves, 6,25 de la tarde.

Estábamos de regreso a mi casa. Chang tenía la pipa entre los dientes y pensaba. Las venas de su frente se marcaban más que de ordinario, revelando el tremendo esfuerzo mental que estaba realizando.

Efectivamente. No teníamos sino dos días, quizá algo menos, para resolver el colosal problema que nos ocupaba.

Había que salir corriendo hacia la meta, pero ¿por dónde teníamos que salir y a qué punto teníamos que llegar?

Sonó el teléfono y me lancé a él. Era el «coroner», que quería hablar con Chang. Le di el receptor y salí del «hall» para tomar el aparato que había allí y poder escuchar al mismo tiempo.

—Parece cosa de brujería —decía la voz, del «coroner»—, pero allá va. El cadáver presenta una herida bajo el pectoral izquierdo, como la que produce un proyectil del 45, poco más o menos. Hasta después de haber practicado la autopsia no me he convencido de ello y, sin embargo, es así.

»No hay proyectil de ninguna clase en el cuerpo. La herida llega hasta cerca del corazón y destroza el pulmón izquierdo. Lo natural es qué se hubiera producido una intensa hemorragia interna y no hay nada de eso, apenas sangró la herida en el pulmón, mientras que, por la superficie, en la pared del costado, todo ha sido normal.

»Los bordes de la herida están con los filamentos hacia dentro, demostrando que la bala, o lo que fuera, penetró en el cuerpo, pero no hay señales de cómo se puede haber desvanecido.

Chang estuvo unos momentos pensativo.

—¿Qué explicación lógica puede tener, doctor? —preguntó.

—Ninguna. Que yo sepa, no existen proyectiles que se evaporen en el interior de un cuerpo. De todos modos, ante lo insólito del hecho, he hecho un profundo estudio de la herida. Resultado: una pequeña cantidad de agua, fíjese, «agua», en el fondo del agujero. Para que la cosa sea más extraordinaria, esta agua tiene una pequeña mezcla de amoníaco. Es todo lo que puedo decir, aparte de que le deseo suerte. La va a necesitar.

—Gracias —Chang colgó.

Me reuní con él y ensayé una de mis sonrisas.

—¿Puede haber algún arma que dispare proyectiles que se disuelvan en la herida, dejando agua con amoníaco? —pregunté.

Chang sacudió la cabeza.

—Por lo menos —afirmó—, no podemos decir que el caso carece de interés. Cuando lo desenmarañemos tendremos muchas cosas nuevas aprendidas. Porque lo resolveremos. Te lo prometo.

Una nueva llamada telefónica nos interrumpió. Chang aplicó el auricular a su oído y escuchó.

Pensé salir de nuevo al «hall» para escuchar la conversación, pero ésta fue tan corta que no tuve tiempo de hacerlo.

Cuando terminó, fue cuestión de medio minuto, empezó a dar paseos por la habitación.

—Era Raines —exclamó—, desde el Federal Bureau of Investigation. Una mujer les ha llamado para preguntar por mí. Se trata de Mary Riley, la esposa del sargento que hemos visitado hace un rato.

—Ha dicho que me comuniquen algo que cree pueda tener importancia. Ha visto en la calle un coche que afirma ser el mismo que iba a recoger a Katinka.

—Espero que tenga razón, porque nos facilitaría cosas. Matrícula 780 655 N.

Y. Empire State. Dice que está segura porque tenía un arañazo en el guardabarros que ya conocía. No es, por tanto, una matrícula extranjera.

Aquellos datos quedaron registrados en mi libreta, mientras Chang hizo una llamada al Federal Bureau of Investigation, encargando que averiguaran el nombre del propietario del vehículo. No sería una tarea difícil, gracias a Dios.

Jueves, 7 de la tarde.

Me encanta el aire libre y mi amigo es de la misma opinión. De modo que, en vista de la hora y del hecho de que no podíamos ir a ningún restaurante de la población para cenar, preparé unos bocadillos y efectuamos la colación en el jardín que rodea mi casa, fue verdaderamente frugal y lo acompañaron un par de botellas de cerveza.

Caía la noche, aunque todavía había claridad suficiente para ver las cosas a cierta distancia. Por eso pude distinguir cómo se aproximaba por la carretera un *jeep* militar.

Es normal verlos en las afueras de Washington, pero el caso es que aquél se detuvo ante la puerta de mi residencia. Descendió un hombre uniformado y Chang me dijo.

—Aquí tenemos al coronel Olsen. Ya veremos lo que ha descubierto. Me extraña que, si fuera una cosa trivial, no se haya valido del teléfono.

El coronel franqueó la entrada, que siempre está abierta y se acercó a nosotros. Nos pusimos en pie y recibimos un saludo militar, que me recordó los viejos tiempos en que también yo vestía uniforme.

Le indiqué uno de los sillones del jardín a nuestro visitante y se dejó caer en él.

—No sé si no estoy haciendo una tontería al venir con semejante cuento —fueron sus palabras—, pero no soy juez para decidir.

Chang sonrió, amablemente.

—Tal vez —insinuó—, si nos comunica lo que es, podamos juzgar nosotros.

—Claro, claro. No estoy muy seguro de ello y veremos lo que dicen cuando lo sepan.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Se trata de lo siguiente: de acuerdo con sus órdenes, o, mejor dicho, sugerencias, se ha establecido una vigilancia especial en todo lo que concierne a los establecimientos militares y fabriles. En mi oficina del Pentágono tengo un cabo, que se llama Smith y siempre está leyendo novelas policíacas. El mejor día se va a enterar de

quién soy yo.

No vi que el ser cabo del Ejército y leer novelas policíacas fueran cosas incompatibles, pero hacía mucho tiempo que había abandonado el Ejército y las cosas podían haber cambiado.

—Esta tarde he mandado a Smith al Laboratorio Naval de Investigación. El motivo no hace al caso. Ya sabe dónde cae el laboratorio, cerca de Marbury Point. Pues cuando regresó, me dijo que había visto algo que podía ser interesante.

—Le pregunté qué era y la contestación me dejó helado. La tontería más grande que he oído en los últimos años. Según su relato, había visto un hombre cerca del laboratorio, que le intrigó, porque le parecía familiar. Le observó mientras el desconocido subía a su coche y desaparecía.

—Como está muy enterado de los asuntos criminales, no tardó en caer en quién era, o mejor, quién creía que era. Un tipo que se llama Big James Roel, un «gángster» o algo por el estilo.

—Jura que le ha visto en Nueva York y muchas veces en los periódicos. Está relacionado con una banda de malhechores, que dirige Gino Gaenza. No veo que esto nos interese a nosotros, pero por si acaso...

Chang se puso en pie de un salto.

—¿Lleva radio en el coche? —preguntó.

—Desde luego.

—En marcha, entonces.

Salimos y subimos al *jeep*. Las instrucciones de Chang fueron cortas, pero expresivas.

Requirió al coronel para que pidiera al Laboratorio del Pentágono unos cuantos expertos en cuestiones nucleares y que estuvieran provistos de detectores «Geiger». El coronel, aún sin salir de su asombro, lo hizo así.

Cuando llegamos al Laboratorio Naval de Investigación, estaba el equipo esperando ya. Chang fue presentado como «funcionario del Gobierno».

Dirigió una pequeña arenga a los reunidos:

—En el radio de una milla alrededor de los edificios y dentro de las instalaciones, hay algo que debemos encontrar inmediatamente, de modo que a buscar todos.

Había veinte hombres allí, todos provistos del correspondiente

detector. Uno de los técnicos preguntó, extrañado:

—Buscar ¿qué?

—Lo sabremos cuando lo encontremos —repuso, secamente, Chang.

Empezó la maniobra. A mi pesar, me estaba sintiendo ya impresionado por el aspecto que tomaban las cosas. Todo me parecía extraño, precipitado, irreal.

En realidad, jamás me había imaginado tener que intervenir en una cosa parecida.

Chang y yo nos unimos a uno de los buscadores y dimos vueltas y más vueltas por el terreno lleno de dunas que se extendía junto a los edificios de la instalación científica.

Pero el descubrimiento no llegó. El espacio propuesto fue escudriñado con los aparatos, sin que nada anormal se presentara.

Y empezamos con los barracones y edificios. Parecía que el resultado iba a ser el mismo, cuando alguien gritó allá, a lo lejos.

Se trataba de un par de hombres que estuvieron investigando por el desembarcadero del Potomac, junto a la misma orilla del río. Nos acercamos a toda la velocidad que nos permitieron las piernas.

Los dos buscadores estaban agachados debajo de los pilares que sostenían el desembarcadero. Habían encendido unas linternas eléctricas, pues ya era de noche.

—Aquí señala el «Geiger» la presencia de alguna sustancia radiactiva, muy potente, al parecer.

La arena no ofreció mucha resistencia cuando empezaron, a abrir un agujero. Chang ordenó que se empleara el mayor cuidado posible y no hay que decir que aquellos hombres le hicieron caso.

No hay como decir que una cosa es peligrosa para la salud si se quiere ver poner delicadeza en algo.

Poco a poco fue quedando al descubierto un objeto que me recordó un tanque de gas, de esos que se utilizan en las cocinas, aunque de mayor tamaño.

Parecía pesar bastante y tenía el aspecto de llevar poco tiempo enterrado.

El metal del tanque, aluminio, según mis observaciones, estaba brillante todavía y llevaba un número pintado con pintura roja. El 14.

En la parte superior tenía una especie de tapadera. Chang la

abrió y apareció una esfera de reloj bastante grande. Y estaba en marcha.

Se podían oír los débiles latidos de la maquinaria en el tranquilo aire de la noche. Apunté la cifra y algunas observaciones acerca del raro objeto.

—Bien, coronel Olsen —dijo mi amigo¹—. Aquí lo tiene. Es una bomba y me temo que sea lo bastante potente para que media capital desaparezca del mapa. Llévela al laboratorio y que la examinen. Está en marcha y la explosión, tengo motivos para saberlo, está fijada para pasado mañana.

El coronel Olsen se encasquetó la gorra hasta las orejas.

—No lo olvidaré —repuso— Tendrá usted ese informe. Y en cuanto al cabo Smith, me ocuparé de que no pase mucho tiempo sin tener los galones de sargento.

Mientras los técnicos se llevaban la bomba, Chang encendió un cigarrillo, pues había olvidado su pipa encima de la mesa. Me creí en la obligación de hacer una de mis observaciones.

—La partida se va igualando. Ya tenemos nuestro primer tanto.

—Te lo parece, porque no tienes en cuenta un número —contestó, al fin.

Fruncí el entrecejo.

—¿Qué número?

—El número catorce que llevaba esa bomba. Hay por lo menos trece artefactos más, Dios sabe dónde, dispuestos a estallar cuando se cumpla el plazo fatal.

—Tenía interés en encontrar el emplazamiento de uno de ellos para convencerme de que existía. Ya tenemos esa certeza. Luego hay que actuar rápidamente. No podemos esperar a ir descubriéndolos uno a uno, porque las horas de que disponemos se acaban. Tenemos que ir a la cabeza.

—¿Quién dirige esta operación? Hay que capturarlo y averiguar dónde están las demás bombas por su mediación. Es el único modo de que, simultáneamente, se neutralice el criminal trabajo en un espacio de tiempo reducido, quizá un par de horas.

—De modo que hasta dos horas antes de las cuarenta y ocho de que disponíamos a las tres de esta tarde, podemos investigar.

Jueves, 8,30 de la tarde.

Chang tenía delante un buen montón de papeles. Informes del «coroner», informes del Federal Bureau of Investigation, informes de todo el mundo.

Se había instalado en mi casa, como de costumbre, cuando teníamos algún trabajo entre manos. Terminó levantando la cabeza para decirme lo que pensaba:

—Eso empieza a tomar forma. Vamos a ponerlo por orden:

«Primero. Asesinato del doctor Halsey. Se usa un arma desconocida, cuyo proyectil ha desaparecido».

«Segundo. Desaparece la asistente del doctor y con ella la dirección en que podíamos encontrarla. Al parecer, sólo ella ha podido hacerlo, por lo que se convierte en el sospechoso número uno».

«Tercero. Dicha Katinka es vista con frecuencia con el propietario de un coche que hemos podido identificar. Según la Oficina de Matrículas, pertenece a un diplomático destinado en la lista de Trinidad. La identificación parece buena, por dos razones: Katinka se ha dirigido a dicha isla y pertenece a la misma nacionalidad que él».

«Cuarto. Se ha visto visitar a Katinka al “gángster” Gino Gaenza».

«Quinto, El afortunado descubrimiento de Big James Roel, uno de los hombres de Gaenza, junto al laboratorio naval, conduce al descubrimiento de una bomba nuclear, dando la seguridad de que el doctor Halsey estaba en lo cierto».

Hizo una de sus espectaculares pausas y esperó a que dijera algo. No lo hice, por lo que se vio obligado a continuar.

—Cada uno de estos hechos, considerados aisladamente, podrían no tener importancia, pero es evidente qué se relacionan, de modo que nuestro objetivo es encontrar a Gaenza y al diplomático, que se llama Wladimir Krasov.

—A Gaenza sabemos que lo hallaremos en Nueva York y el coche de Krasov está matriculado en la misma ciudad. Por tanto, nos vamos a Nueva York y ahora mismo.

—Tenemos un «Shoting Sar» esperando en el Aeropuerto Nacional. Prepara un equipaje ligero y vámonos. Veremos si te

acuerdas de lo que es un aeroplano.

Fue cuestión de minutos el ponerse en marcha y en un tiempo increíblemente corto estábamos despegando rumbo a Nueva York. El moderno avión de retropropulsión era una maravilla.

Sólo tenía en mi haber unas treinta horas de vuelo con aparatos de aquel tipo, que pueden hacer mil doscientas millas por hora, pero dada su velocidad, era una buena cantidad traducido a distancia.

Casi antes de lo que se tarda en referirlo, nos encontrábamos en el piso de Greenwich Village, en el número 17 de la Sexta Avenida, que utilizamos siempre que teníamos trabajo en Nueva York y que pagaba yo.

Allí nos esperaba un viejo amigo, el teniente Davis, de la Policía neoyorquina, que ya había colaborado con nosotros en otros casos.

—Me alegro de volverles a ver —nos dijo el policía—. Cada vez que aparecen por aquí vale la pena vivir la vida. Aquí traigo todo lo que nos solicitaron. Es decir, la información acerca de Gaenza y de ese Krasov.

Chang tomó los papeles y se sentó para echarles una ojeada.

—Ese Krasov pasa largas temporadas en los Estados Unidos. Se encuentra aquí ahora y la estancia dura seis meses —observó, cuando leyó el informe—. En cuanto a Gaenza, sus movimientos son más difíciles de seguir. Está bien, Davis. Vamos a trabajar en seguida.

* * *

Jueves, 10,45 de la noche.

Era un «bar» típico de los «docks» en East River. Davis nos condujo allí, porque esperaba encontrar a uno de sus confidentes, llamado «Mouse» Alfie. Y no tuvimos que esperar mucho.

Entró en el establecimiento un tipo pequeño y raquítico, vestido con un jersey de lana bastante deteriorado y pantalones que parecían de una persona mucho más corpulenta. Cubría la cabeza con una grasienta gorra.

Nos dirigió una mirada oblicua, porque, realmente, no teníamos el aspecto de los habituales del tugurio. Reconoció a Davis y se

dirigió hacia nuestra mesa, luego de vacilar perceptiblemente durante unos segundos. Se sentó en una silla que había desocupada y miró al teniente.

—¡Hola, «Mouse»! —saludó nuestro amigo.

El individuo aquel movió la cabeza a guisa de saludo y puso una cara afilando el hocico, que me convenció de lo bien puesto que estaba el «alias» (Mouse significa ratón).

Cuando habló lo hizo por la comisura de la boca, con una voz que parecía un susurro:

—¿Qué hay, teniente? —Se esforzaba por parecer encantado por el encuentro, pero fracasó lamentablemente—. ¿Me andaba buscando?

Davis asintió y procuró, según me pareció percibir, que el otro no se asustara.

—No es nada importante. Estos amigos desean ver a una persona y creo que tú nos puedes ayudar a encontrarla.

«Mouse» Alfie torció más el gesto.

—Puede ser, teniente. ¿De quién se trata?

—Gino Gaenza.

Aquel nombre cayó como un cubo de agua fría sobre el pequeño individuo. Hasta me pareció que le daba un escalofrío.

—Hace tiempo que no le veo —manifestó el confidente.

—¿Sí? —El teniente tenía bastante habilidad para interrogar a la gente—. Y ¿cuándo fue la última vez?

—Hace tres semanas. Antes era fácil verle de vez en vez, pero hace unos seis meses que no «trabaja». Ya sabe, teniente, los negocios se han puesto mal.

—¡Vamos «Mouse», no seas mal chico y cuéntanos lo que te parece raro! Ya sabes que siempre te hago cuantos favores están en mi mano.

«Mouse» asintió. Era verdad aquello. Más de una vez le hubieran puesto «a la sombra» de no ser por el teniente Davis.

—Pues que, a pesar de no efectuar ningún trabajo, que yo sepa, parece disponer de más dinero que nunca.

Chang me dirigió una mirada de inteligencia. Seis meses duraba la estancia de Krasov en los Estados Unidos. Todo concordaba a las mil maravillas. Davis miró severamente a «Mouse».

—No puedo creer que haya algo desconocido para ti, «Mouse».

Piensa un poco, porque es algo de la mayor importancia para nosotros.

El confidente parecía nervioso. Lanzaba miradas asustadas a su alrededor, como si estuviera esperando una bala de un momento a otro.

—Me parece que conozco el lugar donde podrán encontrar a Joe Mulligan —dijo, por fin.

Aunque Gino Gaenza tenía muchos hombres a sus órdenes, según la información que nos había proporcionado la Policía local, sabíamos ya que sólo dos de éstos eran sus inseparables guardaespaldas: Big James y Joe Mulligan.

—Eso está mejor —asintió el teniente—. Suéltalo de una vez.

«Mouse» habló ahora con una voz que casi no se oía:

—En The Green Shark (El Tiburón Verde).

Chang miró a Davis.

—¿Dónde está eso? —pregunté.

—Frente a los ocho «piers» (muelles) de Brooklyn. No puedo dejarme caer por allí, soy demasiado conocido.

Pero Chang ya tenía su plan.

—Bien, vamos allá y usted se queda en el coche.

Cuando nos levantamos para salir. «Mouse» parecía más nervioso que nunca.

—¡No voy con ustedes! —afirmó, aunque débilmente.

Davis le dirigió una mirada dura.

—Es necesario, «Mouse». Sólo necesitas advertirles de quién es Mulligan. Nada más, de modo que no pierdas el tiempo y andando.

El hampón, atenazado por el miedo, no tuvo fuerza para continuar su negativa.

Salimos y subimos al coche.

—Dejaremos el coche a cierta distancia del lugar —expuso Chang— y que se quede Davis esperando en él. «Mouse» y nosotros entraremos por separado. Cuando se presente el bandido que nos haga una señal, por ejemplo, le puede pedir fuego para encender un cigarrillo y puede marcharse. Del resto nos encargaremos nosotros.

Durante el resto del trayecto nadie dijo una palabra.

La distancia que hubimos de recorrer no era muy grande, relativamente.

Aquella zona no estaba muy bien iluminada, pero se podían ver

claramente los sucios y viejos edificios de la época de la ley seca, junto a modernas construcciones.

La puerta de la taberna no tenía nada de particular, como no fuera la gran muestra de madera con una tosca representación de algo que quería ser un tiburón.

No parecía un lugar muy concurrido, pero de esto no llegaríamos a tener una clara idea hasta que no estuviéramos dentro.

Davis pasó de largo y dobló la primera esquina. Detuvo el coche entre uno de los cobertizos, destinados a almacenar las mercancías desembarcadas y una tienda de efectos navales.

—Bueno —dijo— ya estamos ante la cueva del león. No es necesario decirles que tengan cuidado. Encontrarán gente que mataría a su padre por dos dólares. «Mouse», tan pronto como les hagas saber quién es el sujeto que les interesa, lárgate más que de prisa. Y cuidado con abrir la boca.

«Mouse» tragó saliva.

—Descuide, teniente —gruñó.

Echó a andar y desapareció de nuestra vista al doblar la esquina.

—Este tipo nos ha servido satisfactoriamente durante mucho tiempo, pero nunca se sabe —informó el teniente—. Por si acaso, tengan preparadas las armas y no se descuiden. A veces, el miedo que tienen a sus compinches es más grande que el que tienen a la Policía.

Un par de minutos después seguimos el mismo camino que tomara el confidente. Atravesamos la puerta giratoria de The Green Shark.

CAPÍTULO III

Jueves, 11,15 de la noche.

Había bastantes parroquianos en el tugurio. Las mesas estaban esparcidas sin orden ni concierto y me pareció percibir un ambiente amenazador.

«Mouse» estaba sentado unos metros más allá y parecía que le clavaban alfileres en alguna parte sensible de su cuerpo.

No nos quedaba otro remedio que esperar que nadie se diera cuenta del nerviosismo del confidente.

Al parecer, sólo un camarero se ocupaba de atender a los clientes. Era un tipo largo como una cuerda, con un mechón de cabellos rojos en un extremo.

Habría reunidos unos doce o catorce parroquianos, la mayoría de ellos con una botella delante, cuando no más.

Y al extremo del local, junto al vetusto mostrador, una mujer, avejentada y vestida con desaliño, exactamente el tipo de persona que uno espera encontrar en un lugar como aquél.

Cuando terminé el último bocado eché un trago de cerveza y me sentí más reconfortado. Empezaba a cansarme de tanta tensión y tenía algo de sueño.

Pero, de pronto, recobré la energía de un golpe. Me fijé en que «Mouse» tenía un sobresalto y miré hacia la puerta. Habían aparecido dos tipos bastante interesantes.

Uno era de estatura regular y bien proporcionado, con finas facciones y el pelo castaño claro.

Sus ojos azules parecían despedir chispas. Era el clásico irlandés.

Su compañero ya merecía descripción aparte. Sobrepasaría los

seis pies de estatura y grandes montones de músculos vibraban a cada uno de sus movimientos.

Tenía el pelo tan rubio que parecía blanco y la cara muy colorada. Un hércules con corbata verde y calcetines rojos.

Cuando llegaron a la altura de «Mouse», se levantó éste de la silla y le pidió fuego. El cigarrillo tenía un movimiento de vaivén entre sus delgados labios, que me llenó de desprecio por el pobre hombre.

El caso es que el atemorizado confidente pudo encender el cigarrillo y desapareció de la taberna como un fantasma. Advertí la tensión de mi amigo Chang.

Aquellos individuos debían ser Mulligan y Big James Roel.

Llegaron ante el mostrador y el individuo que había detrás les puso un vaso a cada uno y los llenó sin que mediara palabra.

Por lo visto, eran, habituales y se conocían sus gustos.

Estuvieron allí el tiempo preciso para apurar el licor.

Luego desaparecieron por una pequeña puerta que había junto al final del mostrador.

Chang me miró. No habíamos contado con aquello.

Quizá hubiera una especie de trastienda destinada a los clientes más selectos.

Me fijé que la mujer seguía junto al mostrador, con aire de tener el pensamiento ausente del sitio en que se hallaba, pues tenía los ojos clavados en el techo y apenas hizo un movimiento en el tiempo que me dediqué a observarla.

La aparición de los dos tipos que nos interesaban desvió mi atención de ella. El más bajo de los dos se sentó junto a una mesa. El gigante se acercó a la mujer. Le dijo algo.

Ella continuó con la mirada perdida y no contestó.

El hombrón no se anduvo por las ramas.

Alargó su enorme zarpa y la asió por el hombro.

Una simple contracción de su tremendo brazo y la desgraciada rodó por el suelo.

El «gángster» ocupó su lugar tranquilamente. Le sirvieron un vaso de licor y nadie pareció darse cuenta de lo que ocurría.

Pero la mujer se levantó hecha una furia. Llegó junto al mostrador y tomó su vaso. Un momento después lo había lanzado a la cara del gigante.

El bruto se quedó mirándola por un corto espacio de tiempo, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Luego se lanzó sobre ella y la arrastró hacia la pequeña puerta que franqueara anteriormente en compañía de su compinche.

El otro bandido se levantó y les siguió.

Se oyó una sucesión de gritos salvajes. Chang me lanzó una mirada tensa.

No íbamos a consentir que aquella desgraciada fuera asesinada impunemente, en lo cual estaba yo de completo acuerdo.

Nos levantamos rápidamente y corrimos hasta la misteriosa puerta.

Nadie nos cerró el paso, ni siquiera levantaron sus cabezas para ver qué intentábamos.

Cuando atravesamos el umbral, la puerta se cerró silenciosamente, sin duda impulsada por un muelle.

Nos encontramos en una estancia que olía a humedad y estaba completamente a oscuras. Había desenfundado mi pistola y estaba preparado para lo que pudiera ocurrir.

Chang encendió su linterna de bolsillo y pudimos ver que aquella habitación tenía un aspecto extraordinario.

Era cuadrada, pero no parecía tener otro medio de acceso que la puerta por donde habíamos entrado.

En el suelo, casi en el centro, había una abertura que parecía la boca de un pozo.

Nos acercamos a ella. Una serie de escalones descendía por la pared circular del pozo.

Chang exploró el lugar dirigiendo el delgado haz de luz hacia el fondo. Había una puerta de hierro, tan pequeña, que más parecía la tapadera de una alcantarilla.

Empezamos a descender la estrecha escalera con toda clase de precauciones, pronto estuvimos al final.

No tuvimos mucho tiempo para examinar la puerta metálica. Se oyó un ruido chirriante.

Cuando Chang elevó los rayos de la linterna hacia la boca del pozo en cuyo fondo nos encontrábamos, sufrí uno de los mayores sustos de mi vida.

Una fuerte reja de hierro acababa de cortarnos la retirada.

Me precipité por la escalera con la angustia en el corazón. La

reja estaba situada a cosa de una yarda por debajo de la boca del pozo, de modo que no pude ver nada, excepto que no tendríamos la menor probabilidad de salir por allí. Bajé junto a Chang, que había terminado de examinar la pequeña puerta del fondo.

—¡Nos hemos dejado atrapar como unos idiotas! —Fueron sus palabras—. Esta puerta es capaz de resistir el empuje de un tanque y...

Dejó de hablar. Un sonido familiar nos interrumpió, algo así como cuando se abren los grifos del baño. Y no me equivoqué.

Un grueso chorro de agua estaba cayendo al fondo del pozo y pronto descubrí que mis zapatos empezaban a mojarse.

Exploramos con las linternas las paredes y localizamos el ominoso ruido.

Una gruesa cañería, más allá de la reja y fuera del alcance de nuestras manos, vertía el agua amenazadoramente. Chang me dirigió una sonrisa que nada tenía de alegre.

Sentí el frío líquido a la altura de mis tobillos. Chang apuntó su revólver hacia la puerta de hierro.

Las explosiones de los disparos sonaron como cañonazos en el fondo del pozo. Pero el plomo se aplastaba contra el metal, sin producir otra cosa que alguna abolladura.

Apreté los dientes. Si había llegado el momento de morir, por lo menos lo haríamos serenamente.

Un sonido metálico nos sacó de nuestros lúgubres pensamientos. Procedía de la puerta del fondo del pozo. Al parecer, alguien estaba maniobrando en ella, produciendo aquel roce que nos había sobresaltado.

¿Un nuevo peligro?

Dirigimos los rayos luminosos de nuestras lámparas sobre ella. Se abrió de pronto y el agua que había de terminar con nosotros se precipitó, violentamente por la abertura.

Cuando cesó la riada y fue cosa de segundos, apareció una cara pálida y asustada por el pequeño agujero: ¡Era «Mouse» Alfie!

Sentí la tentación de abrazarle, pero me contuve, afortunadamente. Estaba tan asustado, que se hubiera muerto de la impresión.

—¡Pronto! —gimió el hombrecillo—. ¡Salgan!

Chang se agachó y pasó por la estrecha abertura, A mí me costó

más trabajo, debido a que tengo una corpulencia mayor, pero hubiera salido, aunque el espacio hubiera sido la mitad de reducido.

Tan pronto como nos vimos al otro lado de la maldita puerta de hierro, «Mouse» procedió a colocarla en su sitio otra vez. Quedó asegurada con tres barras de acero, que me parecieron secciones de raíles de vía férrea.

Ahora estábamos en una especie de túnel tan bajo que teníamos que caminar agachados para no dar con la cabeza en el abovedado techo.

Caminamos durante lo que me pareció una eternidad, siguiendo al confidente, nuestro único guía.

Hasta que pasó cierto tiempo no me di cuenta de que el piso del túnel conducía una corriente de pestilente líquido que nos mojaba los pies. Parecía una alcantarilla de desagüe.

Finalmente apareció ante nuestros ojos una abertura circular. Se oía en el exterior un rumor vago, como de aguas lamiendo una pared. Era el East River. Salió primero nuestro salvador y nosotros le seguimos.

—¡Cuidado! —Gruñó «Mouse», cuando asomé la cabeza fuera del agujero.

Un minuto después estábamos en uno de los muelles de Brooklyn.

«Mouse» echó a andar a buena velocidad y en seguida llegamos junto al coche donde nos esperaba Davis.

El teniente asomó la cabeza por la ventanilla al oír nuestros pasos. Se veía que estaba preocupado.

Se tranquilizó al vernos. Subimos los tres, pues yo deseaba demostrarle mi agradecimiento al pequeño confidente.

Cuando algún tiempo más tarde detuvo Chang el coche ante la puerta de nuestro cuartel general de la Sexta Avenida, el confidente intentó escabullirse de nuevo.

—De ninguna manera —dije, mientras le agarraba por el brazo —, usted viene con nosotros.

El hombre creyó que se le venía encima la cárcel y perdió el poco color que le quedaba. No tardó en reanimarse.

Ya en nuestro departamento, busqué mi talonario de cheques y extendí uno de mil dólares.

Se lo alargué y lo tomó con temblorosos dedos.

Cuando le echó una ojeada al verdoso papel, abrió la boca como un pez.

—¡Mil «pavos»! —exclamó.

—Una cosa me intriga, «Mouse» —interrogó Chang—. ¿Cómo sabía que íbamos a estar en apuros?

El confidente torció los labios en una mueca que, con un poco de buena voluntad, podía tomarse por una sonrisa.

—Conozco a esos tipos —dijo.

—Ya dije que era un pozo de ciencia, en lo que a los bajos fondos se refiere.

Davis no sabía aun lo que había pasado.

—Bueno —extendí mi mano hacia «Mouse»— ya puede marcharse. Y si alguna vez necesita un favor, no dude en dirigirse a este amigo, que soy yo.

* * *

Viernes, 12,15 de la madrugada.

Davis estaba perplejo. El fantástico relato de Chang le había impresionado y estaba dándole vueltas a su cerebro para sacar alguna deducción. Terminó por interrogar a Chang:

—¿Qué se puede hacer?

Chang miró su reloj.

—Estamos en el primer cuarto de hora del viernes —observó— y no me atrevería a decir que hemos aprovechado el tiempo como es debido. Le sugiero que ordene un registro en ese tugurio. No creo que encontremos ya en él a nuestros amigos Big James y Mulligan, pero el propietario tiene que estar bastante metido en el asunto. La acusación puede ser «intento de asesinato y secuestro». Espero que no tarde mucho, teniente. Mientras esperamos tomaré un baño.

Davis tomó el auricular telefónico y marcó un número, sin duda el de Centre Street. Dio unas instrucciones y recomendó que se dieran prisa. Luego colgó y dio un suspiro.

Aquel asunto estaba resultando demasiado rápido para él, tanto que antes de que yo terminara la tercera copa de «whisky» y de que Chang terminara de bañarse, sonó el teléfono. Contestó Davis. — ¿Cómo?— decía—. Está bien. Subid a esos pájaros.

Me miró con aire triunfal.

—Han atrapado a Mike, que es el dueño de The Green Shark y al camarero, ese tipo que se llama Red. Los vamos a tener aquí en seguida.

Apareció entonces Chang, con un aspecto muy diferente del que tenía unos momentos antes. Se había puesto un traje oscuro y su cabello negro, peinado cuidadosamente, relucía como la concha de una tortuga.

Llamaron a la puerta y salió Davis.

Un instante después regresó, acompañado por un pequeño grupo de personas.

Tres de los recién llegados tenían el inconfundible aspecto de pertenecer a la Policía. Davis los presentó como el sargento Raines y los agentes Flanagan y O'Leary.

Los otros dos tenían muy diferente apariencia.

Uno de ellos era Red, el camarero de la taberna que tan ingrato recuerdo nos había dejado.

El segundo detenido parecía un tonel. Gordo y sudoroso, con los ojos de cerdo y un bigote que parecía del tipo usado por el canciller Bismarck, según los grabados de la época.

Iban esposados y Davis les hizo sentarse. Los policías se quedaron pegados a la pared, con los sombreros encasquetados hasta las orejas.

Chang se acercó a Mike, el gordo tabernero de los «docks» y encendió un cigarrillo antes de empezar a hablar. Cuando lo hizo, su tono era frío e impersonal:

—Esta noche hemos estado a punto de ser asesinados en su casa —afirmó—, necesitamos saber por qué y quién le ha encargado el trabajo. Es un medio muy ingenioso de hacer desaparecer a la gente. Primero, ahogar a las víctimas con toda tranquilidad. Luego, un pequeño paseo por la cloaca y los cuerpos desaparecen en el río.

El gordo continuó mirando a la pared. Parecía que no había oído las preguntas de mi amigo.

Chang sonrió de una manera tan particular, que me hizo fruncir el ceño.

Le conocía tan bien como se puede conocer a una persona, pero su sangre de origen chino, pues él era la primera generación

americana de la familia, me ponía ciertas barreras que no creía poder atravesar.

Le puso a Mike la mano en el hombro.

—Tal vez crea usted que este asunto es uno más de los muchos y sucios, en que ha intervenido. Si es así, pongo en su conocimiento que está equivocado. El juego es más grande de lo que puede imaginar.

—Ya sabe lo que significa ser acusado de secuestro en este país. Poco más o menos, la silla eléctrica.

—Si se porta bien retiraremos la acusación y sólo tendrá un par de años a la sombra por intento de asesinato. Tal vez, si su abogado hace una buena defensa, no llegue siquiera a eso. Es la última oportunidad que le doy.

El obeso tabernero miró a Chang con una fría expresión. Se veía que no tenía miedo y lo estaba demostrando.

—No sé una palabra de lo que me está contando —dijo—. He sido detenido sin orden judicial y me han traído a una casa particular, en lugar de llevarme a la Comisaría. Quiero hablar con un abogado.

Chang volvió junto a la mesa y depositó su cigarrillo en el cenicero con mucho cuidado, diría que con demasiado cuidado. Luego dio media vuelta y se plantó ante el gordo Mike.

—¿Se niega a hablar? —inquirió.

El otro movió la cabeza con aire de cansancio.

—Ya lo ha oído.

Chang le descargó la bofetada más rápida que jamás he visto dar. El gordo rodó por el suelo con silla y todo.

Davis torció el gesto y empezó:

—Esto es una irregularidad, Chang. No sé si podemos...

—Jamás he empleado el «tercer grado», Davis, pero esta ocasión es extraordinaria. Y usted me ayudará. El sábado a mediodía los Estados Unidos, nuestra patria, Davis, quedará a merced de una potencia extranjera si nosotros no lo impedimos. Incluso mataré a estos tipos, si lo creo necesario.

Davis no perdió su hosca seriedad, pero se retiró a un rincón con sus hombres.

El agente del

F. B. I.

me dirigió una mirada de inteligencia y procedió a levantar del suelo a la mole del tabernero.

Yo entré en acción.

Me puse en pie y agarré por el pescuezo al camarero. El tal Red no hacía honor a su nombre (Red significa rojo) y estaba más blanco que la pared.

Hasta observé que le castañeaban los dientes y no me extrañó. También a mí me había impresionado la actitud de Chang.

—¿Dónde me lleva? —balbució Red, más muerto que vivo.

—¡Cierra esa cloaca! —Gruñí, en el tono más amenazador que me fue posible.

Le arrastré a lo largo del pasillo, hasta llegar al cuarto de baño. Abrí la puerta y le metí dentro de un empujón.

Cerré con cerrojo y abrí los grifos. La bañera empezó a llenarse, mientras me quitaba la chaqueta y remangaba mis brazos hasta el codo.

—Es para no mojarme la ropa —expliqué al desgraciado Red.

—¿Cómo... di... ce?

—Hay algunas cosas que necesitamos saber —proseguí— y ni tú ni tu jefe queréis hablar. De modo que cuando esa bañera se llene, cosa que no tardará en ocurrir, te agarraré por el cuello y tendrás un baño gratis. Claro que tendré que cuidarme de que no saques fuera del agua ni siquiera la cabeza. Naturalmente, te ahogarás como una rata, a no ser que prefieras beberte el contenido de la bañera, pero creo que no serás capaz de ello.

—¡Írán a la «silla»! —Red parecía a punto de llorar.

—No veo por qué. Apareceréis en el río y nadie pensará que lo ha hecho la Policía. Mira ya está llena, de modo que, si tienes algo que decir, empieza antes de que te convierta en una sopa.

El camarero se sentó en la banqueta que utilizábamos para vestirnos. Parecía que toda su capacidad de resistencia había desaparecido.

—¡Hablaré! —exclamó—. Pero me temo que no sea mucho lo que puedo decir.

—Está bien. Empieza.

Red me miró con aire de súplica.

—¿Tiene un cigarrillo? —pidió quejumbrosamente.

Le di uno y lo encendí. El hombre dio unas nerviosas chupadas.

Al parecer, aquello le calmó los nervios.

—A veces, Mike recibe el encargo de quitar de en medio a algún tipo. Ya sabe cómo, puesto que ustedes dos estuvieron a punto de terminar en el pozo.

Hizo una pausa, pero yo le animé:

—Eso no tiene importancia para nosotros. Lo que queremos saber es aquello que se relacione con Gaenza y sus hombres.

—Bueno, pues no sé mucho del caso. Mulligan y Big James llegaron anoche al bar y entraron un momento a la habitación de Mike. Creo que les vieron y pensaron que podían ir detrás de ellos. El caso es que cuando salieron representaron aquella comedia con la mujer del mostrador. Ustedes cayeron en la trampa.

Yo miré a la bañera, que se había llenado por completo. Cerré los grifos y me subí un poco más las mangas de la camisa.

Red dejó caer el cigarrillo y gritó:

—¡Le juro que no puedo decir más!

—Está bien. Red. Te creo, pero falta un detalle más y no te pesará si nos ayudas. ¿Dónde podemos encontrar a Gaenza y sus hombres?

—Les llevaré a su escondrijo. Está cerca de la Fíat Busch Avenue.

—De acuerdo, Red.

Saqué del bolsillo unas esposas y afiancé un tobillo de Red en el tubo de desagüe del lavabo.

Luego le dejé solo y salí al pasillo.

Cuando llegué al despacho vi que el gordo Mike había recibido algunos golpes más.

Pero, aunque estaba asustado, se veía que no dijo una palabra. Entré en la habitación.

—Bueno —dije—. Ese tipo está liquidado. Le metí en la bañera y está listo para que lo echemos al río.

Mike empezó a palidecer. Aquello le demostraba que las cosas iban en serio. Tomó rápidamente una resolución.

—Un momento yo no dejo que me maten, de modo que pregunten lo que quieran. Si lo sé, contestaré.

—Más vale tarde que nunca —dijo Chang, encendiendo un cigarrillo—. Vamos, hable de una vez. ¿Qué pasó entre usted y Mulligan?

—Entraron a verme. Me dijeron que tenían que emprender un viaje y ya tenían el equipaje en el aeropuerto. A pesar de todo, se presentaron en mi casa porque podían tener que darles algunas instrucciones y...

Se interrumpió. Seguramente había hablado más de la cuenta, pero Chang no estaba dispuesto a que se cerrara otra vez como una ostra.

—¿Instrucciones de quién?

Hizo Mike un gesto desesperado. Ya no podía retroceder.

—De un tipo extranjero que se veía con ellos en mi casa desde hace unos seis meses. Supongo que les habría encargado algún trabajo. Les vieron a ustedes y entraron en sospechas. En realidad, no tenían razones para suponer que iban detrás de ellos, pero decidieron quitarles de en medio por si acaso. Lo demás ya lo saben.

Cambié una mirada con Chang. Todo aquello era una explicación bastante lógica de los hechos.

—¿Dónde viven Gaenza y sus hombres? —pregunté.

—Se reúnen en el sótano de un salón de billar, muy cerca de la Fíat Bush Avenue.

Aquello concordaba con lo que me había dicho Red. Salí de la habitación y traje al otro personaje. Cuando Mike le vio, lanzó una maldición. Estaba claro que le habían engañado y de haber callado no le hubiera pasado nada.

—Davis, puede llevárselos. Si lo que me han dicho es verdad, retiraremos la acusación de secuestro. ¿Cómo se llama ese salón de billar?

—El

Martin's.

Chang miró a Davis.

—Lo conozco —afirmó el teniente.

—Entonces, vamos allá.

Dos policías se llevaron a los facinerosos, mientras que Davis, Chang y yo salimos disparados en nuestro coche. Un coche patrulla venía con nosotros y su sirena nos abrió paso entre el tráfico.

Estuvo sonando hasta que cruzamos el puente de Brooklyn por segunda vez en aquella noche.

Luego avanzamos silenciosamente a lo largo de Flat Avenue.

Llevaba el volante Davis y pronto nos vimos ante un rótulo luminoso: El Martin's.

Echamos pie a tierra rápidamente y los policías del otro coche nos siguieron pisándonos los talones.

Había poca gente allí. Unos cuantos hombres en mangas de camisa jugaban al billar. No hicimos caso de ellos, ni ellos de nosotros. Un tipo calvo nos cerró el paso.

—¿Qué diablos...? —empezó.

Chang le metió la pistola en la boca del estómago.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Martín y soy el dueño de todo esto. Quisiera saber...

—Perfectamente. Llévenos al sótano y no olvide que al menor movimiento sospechoso le agujereo la piel.

El hombre nos guió hasta una puerta trasera y ante nuestros ojos apareció una estrecha escalera.

Bajamos todos, excepto dos policías uniformados, que se quedaron arriba.

El sótano era espacioso y constaba de dos piezas distintas. Un registro somero nos convenció de que no había nadie. Los pájaros habían volado.

Chang se volvió hacia el tipo calvo.

—Buscamos a Gino Gaenza y a Mulligan y Big Roel. ¿Dónde están?

—No sé de qué me hablan.

Allí no podíamos acusar de nada a Martin. No teníamos ninguna prueba y detenerle sería inútil por completo. Chang hizo a Davis una señal para que se acercara y poder hablar con él sin que el dueño de la casa pudiera oírles.

—Que se lo lleven arriba. Vamos a registrar esto más a fondo.

Se hizo así y empezamos a mirar en todos los rincones. La única pista, si es que podía llamarse así, era un folleto de una agencia de viajes. Era bastante voluminoso, como un libro y estaba tirado encima de una silla.

—Parece que era cierto lo que nos dijo Mike acerca de que se preparaban a emprender un viaje —observó Davis—. Si al menos supiéramos el punto donde piensan ir.

—Eso no es tan difícil como parece a simple vista —afirmó

Chang.

Ya estaba yo acostumbrado a ver su tremendo poder de deducción, pero no acertaba a adivinar cómo se las compondrían para que la guía le dijera lo que intentaba averiguar. No tardé en ver que estaba equivocado.

Chang tomó el folleto y lo hizo descansar sobre el lomo apoyándolo en una mesa.

Las hojas fueron cayendo a un lado y a otro. Volvió a cerrarlo y repitió la operación. El resultado fue el mismo. Siempre se abría por el mismo sitio.

No tenía nada de particular. Una guía de viajes no es un libro cualquiera.

En ella se busca algo, pero no se lee toda, de modo que la parte por donde está abierta más tiempo se deforma un poco y al ponerla boca arriba, con las hojas en sentido vertical, se obtiene casi siempre el resultado que Chang había conseguido.

Parece simple, pero a mí no se me hubiera ocurrido.

Una ojeada al libro me convenció de que no estábamos equivocados. Por la parte abierta, que constaba de dos páginas, tenía que estar el lugar que interesaba a quien hubiera utilizado aquella guía.

Una de las páginas, la de la izquierda, estaba ocupada por un anuncio, la otra, dedicada a la

P. A. A.

(Pan American Airways), señalaba precios y horarios de salida para los aviones que se dirigían a Venezuela, a Caracas, para ser exactos.

CAPÍTULO IV

Viernes, 2 de la madrugada.

—Todo concuerda —dijo Chang—. El aparato que conduce a esos granujas ya se encuentra lejos. Podríamos intentar que les detuvieran en Miami, pero no me parece acertado. Van a reunirse con su jefe en Trinidad y será más fácil dar con cuatro hombres que con uno.

—¡Trinidad! —exclamé, perplejo—. ¡No querrás decir que...!

—Eso mismo. Salimos para el Caribe inmediatamente. Son tres mil setecientos cincuenta kilómetros aproximadamente. ¿Cuándo llegaremos?

Hice un rápido cálculo. Nuestro «Shooting Star» podía hacer más de mil doscientos kilómetros a la hora.

Contado el tiempo que tardaríamos en llegar al aeródromo y otros imponderables, tendríamos suficiente con cuatro horas.

Así se lo dije a mi amigo.

—Perfecto —parecía satisfecho—. Davis, póngase en contacto con el Departamento de Defensa. Con el coronel Olsen. Que den órdenes por radio a la base de los Estados Unidos en Trinidad. Que nos manden un automóvil al aeropuerto y todos los informes que puedan acerca de un agente consular que se llama Wladimir Krasov. Deben estar en comunicación constante con la base para recibir nuestros informes. No debe haber el menor fallo en nuestros planes, Davis.

Alargó la mano al teniente y me dijo:

—Prepara los maletines.

No hay duda de que en el Departamento de Defensa hacen las

cosas bien. Nuestro avión había sido repasado por un mecánico de la fuerza aérea, con el grado de sargento. Cuando nos vio aparecer pareció alarmarse.

—¿Qué rumbo van a seguir, señor? —preguntó.

—Vamos al Caribe, frente a Venezuela —aclaré.

Llevé el aparato hasta la pista de despegue y pedí instrucciones a la torre de control.

Cuando nos dejaron vía libre, di gas y despegamos en un instante.

Ya había comprobado yo que los depósitos supletorios de keroseno de las alas estaban llenos, de modo que, cuando alcanzamos los ocho mil metros de altitud, puse proa a Trinidad.

La travesía fue perfecta, hasta que llegamos a la altura de Puerto Rico.

Ya nos quedaba poco para llegar a nuestro destino.

No conocía yo entonces la isla de Trinidad, de modo que consulté la Carta Aérea y vi que el aeropuerto de Piarco, único del territorio británico, se encontraba al Noroeste.

Fui perdiendo altura al aproximarnos a nuestra meta. Esperaba encontrar alguna referencia en el terreno para asegurarme de que el rumbo había sido correcto. Unos minutos después aparecieron por debajo las luces de algo que me parecieron los faros de Dragon's

Mouths, muy cerca de la base americana de la isla.

Di un suspiro de satisfacción, pues hasta aquel momento no tuve la completa seguridad de haber manejado bien el radiogoniómetro y temía haberme desviado del rumbo. Sin embargo, no era así, gracias a Dios.

Me llegaron las instrucciones dadas con acento inglés.

Cosa natural, teniendo en cuenta que la isla es colonia británica. Mi única inquietud era la escasez de combustible.

Unos diez minutos más tarde tomábamos tierra con toda felicidad, cuando el indicador del tanque de reserva marcaba cero.

Pero no habíamos tardado más que cuatro horas menos diez minutos, a contar desde el momento en que despegamos en Nueva York.

Conduje el aparato fuera de las pistas de despegue, hacia la parte donde estaban los hangares y se acercó a nosotros un jeep

tripulado por dos hombres, bastante distintos uno de otro. Pude observarles mejor cuando bajamos a tierra.

Uno era —lo supimos luego— el sargento de la Fuerza Aérea, Ralph Morton, mascando su goma, como es natural.

Bill presentó unas credenciales que le acreditaban como funcionario del Gobierno en inspección de bases ya que disponía de documentos falsos para casi todas posibilidades.

Nos llevaron a la oficina del aeropuerto, pusieron un par de sellos en los documentos de Chang y a mí me dieron un papelote que me autorizaba a acompañarle, como su piloto que era. El oficial inglés se marchó, nosotros subimos al *jeep*.

Fuera del aeródromo nos esperaba una especie de destacamento americano y estaban alrededor de un automóvil de bastante buen aspecto.

El sargento dijo que era el equipo que se encargaría de cuidar el «Shooting Star» y que él había sido destinado por el coronel que mandaba la base para que nos sirviera de guía y chófer.

Dejamos, pues, el *jeep* y salimos en el otro coche, un «Cadillac» modelo del año anterior, en dirección a Port of Spain, la antigua capital española de la isla.

Mientras el sargento conducía con una sola mano, sacó del bolsillo con la otra un voluminoso sobre y lo entregó a Chang.

—Son instrucciones o algo así, señor —explicó—. También encontrará un mapa de la isla ahí dentro. Ahora estamos en la carretera Churchill-Roosevelt Highway, a once millas de la capital.

—Gracias, sargento.

Chang abrió el sobre y se enfrascó en la lectura.

—¿Conoce algún lugar apropiado para alojarnos, sargento? —preguntó Chang.

—Desde luego, señor. El Wing
Sing's

Hotel. Está muy cerca, en la Frederic Street.

El departamento del hotel que nos destinaron era bastante confortable y se componía de dos espaciosas habitaciones, sala de estar y cuarto de baño.

Viernes, 6,15 de la mañana.

El cálido clima obró sobre mí de un modo raro. Me hizo sentirme como idiotizado, o quizá fuese el cansancio y la falta de sueño. El caso es que me irritaba contra todos y contra todo.

—Bueno —exclamé—. Ya estamos aquí. ¿Qué vamos hacer?

Chang me lanzó una de sus extrañas miradas.

Estoy seguro de que adivinaba mi estado de ánimo.

—¡Ojalá lo supiera! —Fue la contestación—. Ese Wladimir Krasov vive en esta misma calle, cerca del faro del puerto. Pero no se me ocurre nada que podamos intentar. Estás cansado y eso te vuelve agresivo. Te voy a dar algo que hacer. Márchate a dar una vuelta por la población.

—Dentro de una media hora puedes alquilar un coche y partir para el aeropuerto, porque vamos a tener visita. Me refiero a la pandilla de Gaenza. Procura que no te vean y sigue los pasos de esa gente. Puede que averigües algo.

—Comprendo —dije con amargura— Libre de mi presencia, podrás pensar con más tranquilidad.

—En eso, precisamente, estaba pensando —sonrió mi amigo.

Vagué hasta el puerto y estuve viendo la carga y descarga de los buques.

Aquel espectáculo me dio más calor y decidí salir para el aeropuerto inmediatamente.

Cerca de Frederick Street encontré un automóvil de alquiler. Contraté sus servicios y salimos para Piarco. La brisa que levantaba la marcha era muy agradable y sólo sentí lo poco que duró. Me hubiera gustado que el viaje fuera de un par de cientos de millas.

El conductor, un hindú con turbante y todo, parecía una estatua de madera oscura y tan impasible como si lo fuera de verdad. Le dejé dentro del coche y me fui al bar del aeródromo.

Cuando estuve sentado ante un vaso de «whisky», con un pedazo de hielo flotando dentro y la fresca brisa del río penetrando por los ventanales, me sentí otro hombre.

Se despertó de nuevo mi instinto de policía.

Hice una señal al «boy» negro y acudió rápidamente.

—¿Desea algo, señó?

—¿Sabes si se espera algún avión, de Venezuela? —pregunté, al

tiempo que le alargaba un billete de cinco dólares.

El moreno sonrió ampliamente.

—Me informaré, señor. Ahora mismo, señor.

Bebí el licor tan despacio como me lo permitía mi sed. Lo mismo podrían haber transcurrido horas que minutos, cuando volvió el «boy», aunque debieron ser minutos.

Se acercó a mí.

—Vengo de la torre de control —explicó—. Dicen que sólo han anunciado una llegada próxima, para dentro de una hora. Es un «Gruman», con cuatro pasajeros a bordo. Viene de Caracas.

Le di las gracias y otro billete y acerqué mi silla a la ventana.

El «boy» se apresuró a llevarme la mesa y me instale cómodamente, con la intención de esperar hasta que llegara el aeroplano.

Si Chang había querido únicamente desembarazarse de mí, no lo sabía, pero estaba dispuesto a tomar su encargo en serio.

Pensé en que esperábamos a dos hombres: Mulligan y Big James Roel, por lo que cabía la posibilidad de que aquellos cuatro viajeros fueran extraños a nuestro asunto.

Y también dos de ellos podían ser nuestros hombres y los otros dos pacíficos ciudadanos.

¡Bien! Al fin y al cabo, esperar no es una tarea tan desagradable. Puse los pies sobre la silla que tenía enfrente y me metí las manos en los bolsillos. Creo que me dormí.

El contacto de una mano sobre mi brazo me despertó. Era el «boy». Tardé un poco en darme cuenta de lo que me rodeaba. Cuando estuve bien despierto, me dijo el muchacho:

—El avión, señor. Acaba de llegar.

Me puse en pie y eché una mirada por el ventanal. Un bimotor «Gruman» se deslizaba por la pista de aterrizaje.

Cuando se detuvo y empezaron a descender los cuatro pasajeros, estuve a punto de lanzar un ¡hurra!

Uno de ellos era, sin duda, Big James Roel.

Hubiera conocido aquella facha de oso en cualquier parte.

Su compinche, Mulligan, estaba con él. Fueron los dos primeros en salir del «Gruman».

Luego apareció un tercer hombre, alto y moreno, con una cara que parecía tallada en piedra. ¡Tallada en piedra!

Aquellas habían sido las palabras de un reportero del «New York Times», al referirse a Gaenza. No tuve duda de que era él. Gino Gaenza.

El cuarto pasajero difería mucho de los otros en cuanto a su aspecto. Era una mujer.

De mediana estatura, cabellera rubia y elegantemente vestida, no parecía en su elemento acompañando a los «gangsters».

Supuse que tendrían algún coche esperando. Ya se había encargado de eso el misterioso Krasov.

Por tanto, aguardé a que desaparecieran del aeródromo. Dos de los bandidos me conocían.

No me equivoqué. Un automóvil arrancaba en aquel momento. Mi hindú seguía impassible ante el volante de su coche. Subí y le dije que volviera a la ciudad.

No sé si tendría prisa, pero el caso es que aceleró de tal modo que pronto estuvimos a punto de pasar al coche que quería yo seguir.

—¡Eh! No pases delante. Síguelos, pero a cierta distancia.

El hindú asintió con la cabeza y disminuyó la marcha. Cuando entramos en Port of Spain, me llevé una buena sorpresa. ¡El coche que llevaba a los bandidos fue a detenerse ante el hotel que ocupábamos nosotros!

Esperé un rato, hasta estar seguro de que los nuevos huéspedes habrían sido conducidos a sus habitaciones.

Luego subí como un rayo al primer piso, para contarle a Chang lo que pasaba.

Me hizo gracia ver que en el interior de la habitación no parecía haber pasado el tiempo. Todo seguía igual.

Chang continuaba sentado ante la mesa, en mangas de camisa, estudiando sus papeles y haciendo anotaciones con su estilográfica.

El sargento tenía una botella de cerveza en la mano, pero había otras tres vacías en el suelo, apoyadas contra la pared.

—¡Ya están aquí! —exclamé.

Chang levantó la cabeza de su trabajo y me miró serenamente.

—Están aquí, ¿quiénes?

—Big James y Mulligan, en compañía de Gaenza. Estoy seguro de que se trata de él. Viene, además, una muchacha que desentona bastante con esos individuos.

Chang asintió con la cabeza.

—Katinka Levine —sonrió.

—¿Tú crees?

—Seguro. Katinka es el enlace que ese Krasov utiliza para sus fechorías. Salió antes que los bandidos para Caracas y les ha esperado allí. Estos tipos son muy llamativos y necesitaban un guía que los trajera aquí.

Me quedé pensativo. Finalmente, expresé en voz alta mis ideas:

—Es muy bonita.

—Peor que peor —afirmó Chang.

El sargento escuchaba lo que decíamos.

Naturalmente, no entendía una palabra, pero se limitó a echar otro trago de cerveza.

Si aquellos locos necesitaban algo, debió de pensar ya se lo pedirían.

—He estado trazando algunos planes, Bill. Será mejor que te sientes.

Lo hice así.

* * *

Viernes, 8,20 de la mañana.

No me parecía a mí que fumar en pipa pudiera ser apropiado para los trópicos, pero Chang debía creerlo así, porque encendió la suya y aspiró el humo con delectación.

—Tenemos que hacer un registro a fondo en el domicilio del señor Krasov. Hemos tenido bastante suerte. Hoy comienza el Carnaval de la isla. El camarero del hotel me ha informado que la población negra, de la localidad se disfrazará para tener unos días de fiesta. Los blancos, también. Y todo el mundo utiliza disfraces y máscaras. Eso podrá ser muy útil para nuestros propósitos.

Le miré interrogativamente.

—Tendremos que esperar hasta el anochecer. Son muchas horas de pérdida, pero es la única posibilidad que tenemos de averiguar lo que queremos. Si Krasov no tiene en su poder ningún documento acerca de los lugares donde se tienen que producir las explosiones, estamos perdidos. Es un albur que tenemos que correr. Mientras

tanto, puedes vigilar a los tipos que han llegado, sin olvidar a la muchacha, por bonita que sea.

—Entendido.

Chang se volvió hacia el sargento:

—Usted, que no es conocido por los individuos que acaban de llegar, vaya al «bar» del hotel y espere. Aquí tiene la descripción de los hombres que nos interesan. No los pierda de vista si aparecen por allí. Si salen, sígalos y comuniqué con nosotros por teléfono cualquier cosa que crea pueda ser útil.

—De acuerdo, señor.

Salió de la habitación y yo me aproximé a la ventana. Daba a la parte trasera del hotel, que tenía otra salida por allí.

Supe que la utilizaban para llegar rápidamente a la playa.

En aquel preciso momento salía Katinka. Vestía ahora un ligero traje de alegres colores.

—Chang —hablé, sin quitar la vista de la airosa figura de Katinka—. Ahí va la muchacha, creo que a tomar un baño en la playa.

—¿Sola?

—Completamente.

—Bien. Después de todo, puede que también te haga falta a ti un poco de agua fría.

—Eso mismo estaba pensando —observé.

Pasé al dormitorio para tomar mi pantalón de baño y salí por la escalera de servicio.

No quería correr el riesgo de tropezarme con Mulligan o alguno de sus compañeros. No tuve dificultad alguna en hallar lo que buscaba.

Había pocos bañistas a la vista. Un par de hombres en traje de baño estaban a más de doscientos metros del lugar que había, escogido Katinka para dejar la ropa.

Reconocí al momento el traje que estaba sobre la arena.

Traté de localizarla y exploré el litoral con la vista.

Sí, allí estaba, cerca de la costa, un poco a la derecha, nadando con vigorosas brazadas.

Busqué un lugar a propósito para ponerme el pantalón de baño y lo encontré detrás de un grupo de cocoteros. En unos segundos me despojé de la ropa y la tiré de cualquier modo sobre la arena.

El agua estaba casi tibia en aquella hora de la mañana y a las primeras brazadas sentí que todo el cansancio y la tensión que me habían dominado durante las últimas horas desaparecían al instante.

Cuando llegó junto a la muchacha, estaba ella flotando boca arriba como un leño, esa pequeña muestra de habilidad que se conoce en algunos sitios como «hacer el muerto» y en otros «hacer el barquito», ambas acepciones igualmente estúpidas.

—¡Hola! —grité.

Katinka levantó la cabeza para ver qué clase de intruso venía a molestarla, con el resultado de que el equilibrio se rompió y tuvo que empezar a nadar de nuevo para conservarse a flote.

Terminó por quedarse flotando con ayuda de brazos y piernas, pero la operación no terminó sin que tragara algo de agua salada.

Tosió un par de veces y luego me miró.

No sé qué conclusiones sacaría acerca de mi cara, el caso es que dio media vuelta y nadó mar adentro.

Seguí detrás y un poco de observación me convenció de que no era nadadora que pudiera competir conmigo.

Se veía que estaba empleando todo su vigor en dejarme atrás, cuando yo, con mínimo esfuerzo, conservaba la distancia invariable.

De cuando en cuando, una fugaz mirada hacia atrás. Viendo que seguía detrás redobló sus esfuerzos, con el resultado de que nos estábamos, alejando peligrosamente de la playa.

Me di perfecta cuenta de cómo uno de los bañistas que estaba tomando el sol en tierra se puso en pie y empezó a gritarnos algo, agitando los brazos como aspas de molino.

La cosa estaba clara, por lo menos para mí. Di unas cuantas rápidas brazadas y me planté delante de la nadadora, obligándola a detenerse.

Me miró con enojo.

—Lo siento, señorita —dije con toda cortesía—, pero debe volver a la playa. Estos lugares están infectados de tiburones.

Se veía claramente que la muchacha era capaz de afrontar cualquier clase de peligro, pero mi advertencia, unida a los gritos y gestos del bañista de la playa, hizo su efecto.

Nadó hacia tierra. Yo iba detrás y confieso que temía haber cometido una imprudencia.

De pronto, Katinka dio un grito desesperado, aterrorizado y su cabeza desapareció de la superficie entre un remolino de espuma.

Luego aparecieron los brazos de la muchacha, agitándose locamente. Me precipité hacia ella.

Llegué a su lado en cuestión de segundos y me sumergí.

Sólo podía ver las piernas de mi compañera de aventuras, intentando nadar a toda prisa y muy cerca de ellas, a menos de una yarda, un rugoso pedazo de palmera, con varias ramas extendidas, flotando entre dos aguas.

La explicación no podía ser más sencilla. Katinka era una mala nadadora y había tropezado con el tronco.

Mis palabras acerca de los tiburones, hicieron que su imaginación empezara a trabajar.

El resultado fue que perdió la serenidad y se había hundido como un plomo. Salí a la superficie y la así por debajo de los brazos. —¡No se alarme!— grité.

Intenté llevarla hasta la playa y ella se dejó conducir. Parecía con los nervios a punto de saltar.

Unos diez minutos después, jadeante por el esfuerzo, sentí que mis pies tocaban la arena.

Katinka se dirigió con inseguros pasos hasta el lugar donde había dejado la ropa.

Ataviada con el traje de baño presentaba la figura más deliciosa que un hombre pueda contemplar, Cuando se repuso levantó los ojos.

Aquella mirada terminó de trastornarme.

—¿Era... un tiburón? —preguntó temblorosa.

Lamenté entonces no saber mentir.

—No. Simplemente, un tronco de palmera medio sumergido, de modo que mi papel de héroe baja bastante con esta aclaración.

Negó lentamente con la cabeza.

—Creo que no. Usted no sabía qué era eso hasta que vino en mi ayuda.

Verdaderamente, ni lo sabía ni me importaba. Aunque hubiera sido una ballena hubiera acudido a salvarla.

La fascinación que se desprendía de aquellos hermosos ojos azules me hicieron olvidar muchas cosas, entre ellas mi misión en la isla.

—No se preocupe, Katinka, va ha pasado todo y no hay por qué asustarse. Yo he tenido la culpa y debería avergonzarme de ello.

Ya estaba dicho. Me había vendido por la mirada de un par de ojos bonitos.

El efecto fue instantáneo. Apareció una curiosa expresión en el rostro de Katinka.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó.

—Lo he adivinado —intenté quitarle importancia a la cosa, pero el daño no se podía remediar.

No contestó una palabra. Se levantó y se puso el traje sobre el mojado bañador.

Luego dio media vuelta para marcharse, sin duda a prevenir a sus compinches de que alguien les seguía los pasos.

Sin saber por qué, algo me decía en mi interior que aquella muchacha no era una criminal, aunque, por otra parte, ese algo me decía también que estaba haciendo el imbécil.

—¡Un momento, señorita! —Se detuvo y volvió la cabeza.

Tenía que inventar algo y de prisa, antes de que la alarma cundiera entre los bandidos.

—Antes de que se marche, tenemos que hablar, Katinka —proseguí— y no ponga objeciones, porque será igual.

Observé que palidecía. Volvió sobre sus pasos y miró alrededor, como si esperara ver algo desagradable, a juzgar por su gesto de repugnancia.

CAPÍTULO V

Viernes, 9,30 de la mañana.

Katinka se sentó de nuevo en la dorada arena y cruzó las piernas. Había algo forzado en su actitud que me recordó las fieras acorraladas.

—¿Es usted de... la Policía? —me preguntó.

Busqué en los bolsillos del pantalón, pero el familiar movimiento me advirtió que no los llevaba puestos:

Tuve que ir por la ropa hasta el grupo de cocoteros donde la había dejado. Cuando volví pude encender un cigarrillo.

—No pertenezco a la Policía —le dije—. Soy sólo un americano que intenta salvar a su patria de la destrucción. América es un país libre y hermoso que representa, en los momentos actuales, la esperanza de la Humanidad. Una potencia extranjera desea su desaparición y usted está mezclada en ello de un modo o de otro.

Katinka clavó sus hermosos ojos en mí y podría jurar que había asombro en ellos.

—No sé de qué me habla —hablaba con el tono de quien desea que le crean—. Me limito a cumplir órdenes de...

Se interrumpió y yo terminé la frase:

—¡De Krasov!

Asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y quiere que crea que usted no sabe nada de los planes de ese criminal?

—No tengo la menor idea de cuáles son, me crea o no. Tengo que reconocer que no pueden ser nada bueno, pero no tengo conocimiento de lo que trama.

Fumé en silencio durante un momento. Luego continué el interrogatorio:

—¿Es ciudadana americana?

—Sí, por naturalización.

—Pero no se siente americana.

—Se equivoca. Me siento tan ligada a esa nación como pueda estarlo usted, más aún, porque para mí ha sido como pasar del infierno al cielo.

—Y, ¿obedece las órdenes de un individuo que conspira contra su patria de adopción?

Katinka hizo un gesto desesperado.

—¿Quiere darme un cigarrillo? —pidió.

La brisa marina me hizo gastar tres cerillas antes de que pudiera encenderlo.

Cuando lo conseguí, se lo puse a la muchacha.

Fumó nerviosamente. Luego levantó la cabeza para mirarme frente a frente.

—¿Sabe usted lo que es un campo de concentración?

—Tengo una ligera idea. —Me refiero a los que existen en el país de donde es originario Krasov.

—He leído algunas cosas referentes a ellos. Si es verdad lo que dicen, parecen la antesala del infierno.

Negó con la cabeza.

—No, lo que dicen los periódicos no es la verdad. Son mucho peor. ¡Mi padre está en uno de esos campos! Quizá ahora comprenda.

Sí, comprendía muy bien. El sistema de que se valía Krasov para asegurarse la fidelidad de sus secuaces ya había sido puesto en práctica antes de ahora.

¿Qué podía hacer yo contra el Destino? Una hija que defiende a su padre de algo peor que la muerte no sería fácil de convencer.

Me senté en la arena junto a ella y pasé la mano por su sedño cabello claro.

—Lo siento de veras, Katinka. Pero no tenemos opción. Es la vida de su padre contra la vida de los Estados Unidos. La decisión tendrá que tomarla usted y ahora mismo. Si nos ayuda, puede que evitemos la catástrofe que se cierne sobre la nación. Si no lo hace...

La muchacha apretó los puños contra su pecho.

—¿De veras es tan grave?

—Más de lo que podría explicarle.

La vi luchar interiormente y sentí compasión de ella. No me había portado como un agente del

F. B. I.,

aunque sea honorario, debe hacerlo. Cuando se trabaja, los sentimentalismos tienen que quedar a un lado.

—Yo sabía que mi amigo Chang sería capaz de cumplir con su deber, aunque la vida de su padre estuviera en juego, por eso era Chang, mientras que yo acostumbro a hacer caso de mis corazonadas.

Creía, sinceramente, que Katinka decía la verdad. Ella no podía ser como Krasov o Gino Gaenza, me resistía a pensar tal cosa, no quería pensarla.

Por fin se serenó. En su semblante, pálido, pero resuelto, vi que había tomado una resolución.

—¿Qué hará, en el caso de que me niegue a ayudarles contra Krasov?

Sí, ¿qué haría? Naturalmente, llevarla conmigo ante Chang, de grado o por la fuerza.

Chang tenía autoridad bastante para pedir ayuda al Gobierno británico de la isla y la pondrían a buen recaudo.

Sin embargo, lo que dije no era aquello y no era esto lo malo, lo peor es que pensaba lo que dije.

—Nada. Dejaré que su conciencia sea el juez y ejecutor de la sentencia que se aplique usted misma como traidora de su patria.

—Tiene razón —estaba ahora tan serena como antes de que interviniera yo en su vida—. Le ayudaré. Se lo prometo. ¿Qué tengo que hacer?

Se me quitó un peso de encima. Seguramente habría pensado Chang que mi papel en aquel caso sería secundario, pero allí estaban los hechos para demostrar lo contrario.

Ni por un momento me pasó por la imaginación que la muchacha pudiera traicionarnos.

—¿Qué han venido a hacer aquí?

—No lo sé.

—Bien. Necesitaríamos echar un vistazo a los papeles de Krasov. ¿Cómo se podría arreglar eso?

Estuvo pensando unos momentos.

—Tiene en su casa una gran caja de caudales, pero ignoro la combinación que la abre.

—No importa. Todo lo que hay que hacer es conseguir entrar en la casa. Y ha de ser esta misma noche. ¿Es posible?

—Creo que sí. Tienen algo que hacer en algún sitio que no conozco, pero les he oído hablar en el viaje desde Caracas. A poco de llegar me telefoneó Krasov para decirme que saldrán en el aeroplano a las siete y media. Quiere que yo me quede en su casa hasta que regresen.

—Perfecto —estaba satisfecho de mí mismo—. No tiene más que telefonarme al hotel cuando se marchen y estaremos allí en un segundo. Katinka se puso en pie, dispuesta a marcharse. —Me llamo Bill Mac Patrick, no lo olvide. Katinka sonrió débilmente.

—No lo olvidaré —prometió.

El calor del sol me había secado por completo. Me vestí y volví al hotel.

De nuevo encontré a Chang haciendo trabajar a su cerebro.

Y el sargento se había dormido en su silla. Tenía la boca abierta y roncaba de cuando en cuando.

Entré en la habitación silbando y Chang enarcó las cejas interrogativamente.

Pero mi euforia no me permitía ser prudente. —¿Qué tal va eso? — pregunté, en tono displicente.

Chang sabía muchas cosas. Entre otras, conocía mi carácter mejor que yo mismo y era un psicólogo capaz de hacer sombra a muchos profesionales.

Apareció en sus ojos una lucecita que indicaba alarma.

No dijo nada, pero noté que sus nervios se ponían tensos como los de una pantera a punto de saltar.

—He hablado con Katinka.

Continuó sin hablar.

—Pensé que eso podría facilitar las cosas. Ella no es como los demás de la pandilla, se ve a la legua.

—Puede que sí —observó, fríamente—. Lo que sí se ve a la legua es que eres un pollino de marca mayor.

Aquello me hirió en mi amor propio.

—Sí, ¿eh? —contesté lo más despectivamente que pude—. Pues

tienes que saber que mientras tú estás rompiéndote los sesos pensando lo que debemos hacer yo he conseguido que se ponga de nuestra parte. Esta noche podremos entrar en la casa de Krasov y será ella quien nos franqueará la puerta.

Chang se puso en pie y se acercó a mí.

—Se lo habrás contado todo, ¿verdad? —insinuó.

—Sólo en parte, lo suficiente para que se dé cuenta del lío en que está metida.

Mi amigo disparó el puño. El golpe me alcanzó en la barbilla y caí de espaldas con silla y todo.

Ha sido la única vez que Chang me ha puesto la mano encima y puedo asegurar que sentí como si una carga de dinamita estallara en mi cabeza.

—¡Te has enamorado de esa individua y no eres más que un charlatán!

En las mejillas de Chang habían aparecido dos manchas rojas y conocí que la rabia le estaba ahogando.

—No tienes razón al tratarme de este modo.

Te crees infalible, pero puedes equivocarte igual que otro mortal cualquiera. Si esa muchacha no es lo que parece, reconoceré que soy un imbécil, pero mientras llega el momento de la prueba has de concederme un voto de confianza. Después de todo, no hay medio de retroceder.

Chang se puso a pasear por la habitación a grandes pasos. Encendió la pipa otra vez y se serenó inmediatamente.

—Tienes razón —concedió—. No apruebo lo que has hecho, pero tengo que conformarme. ¿Quién sabe? «Hay más cosas entre el cielo y la tierra de lo que puede imaginar tu filosofía.»

Y lo malo es que hasta yo lo creía así.

En todo caso, la tensión de aquel momento no duró mucho. Terminó sentándose y pidiéndome que le hiciera un relato de lo ocurrido con Katinka.

Aprovechó la ocasión para seguir tomando nota acerca del caso, mientras que el ágil cerebro de mi amigo se puso a trabajar inmediatamente sobre aquel nuevo aspecto de la cuestión.

Cuando llegó a una decisión, que fue media hora más tarde, escribió una larga carta al coronel jefe de la base americana.

Le eché una ojeada por encima del hombro mientras lo hacía y

vi que, además de una serie de instrucciones acerca de algo, contenía una lista de objetos.

No los leí todos, pero si me llamó la atención uno de ellos: nitroglicerina.

«Se ve que no quiere perder el tiempo con la caja fuerte de Krasov», pensé.

Como pude comprobar más tarde, los pensamientos de Chang iban más lejos, de modo que sólo acerté en parte.

—¡Sargento! —llamó, después de meterla en su correspondiente sobre.

—¡Señor! —El sargento se cuadró.

Creo que estaba hecho un lío acerca de nuestra identidad y se portaba con nosotros demasiado respetuosamente, prefiriendo pecar por carta de más que de menos.

—Esta carta es para el coronel jefe. Vaya inmediatamente a la base y procure estar de regreso lo más pronto posible. Y tenga cuidado. Una de las cosas que tendrá que transportar es nitroglicerina.

El sargento abrió los ojos hasta que adquirieron el tamaño de dos platillos de café.

—¿Nitroglicerina? —repitió como un eco—. Sí, señor.

Se guardó la carta y salió de la habitación. Chang bostezó y miró el reloj.

—Creo —dijo— que voy a tornar una ducha fresca.

Le vi desaparecer en el cuarto de baño y me quedé solo. Llamé al bar por el teléfono interior y pedí que me subieran un «whisky» helado. Sentía, que lo necesitaba.

* * *

Viernes, 12,30.

El sargento Morton empleó poco tiempo en regresar con todo lo pedido por Chang.

Trajo las cosas en un par de maletas de las usadas comúnmente por las fuerzas armadas, de grueso fieltro con cremalleras y mi amigo las dejó en el dormitorio.

Hasta la puesta del sol no empezaría la aventura, de modo que

teníamos tiempo de disponerlo todo con tranquilidad y, además, podíamos hacer una comida como es debido.

Tuvimos que esperar a que se llevaran los restos de la comida para que Chang nos hablara de sus planes.

Fue entonces cuando sacó las dos maletas que dejara en su dormitorio y colocó su contenido sobre la mesa.

No había tantas cosas dentro como parecía indicar su tamaño, porque buena parte de la capacidad de una de ellas estaba ocupada por un traje de paisano, sin duda pedido por Chang para algún desconocido propósito.

El arsenal era variado y extraño. Dos receptores-transmisores de radio de los que utiliza el Ejército, un frasco de cristal muy grueso con la nitroglicerina, un pequeño paquete de mecha y dos velas de cera roja, un soplete de fundir metales y unos prismáticos de campaña, dos pistolas automáticas de gran calibre y una pistola «Very», de señales, un rollo de esparadrapo y otro de hilo de nylon, sin duda del usado para pescar, tres antifaces negros y tres lámparas electrónicas de pila.

—Creo —empezó— que estamos llegando al momento más importante de nuestro caso. Usted, sargento Morton, no puede tener una idea clara de lo que pasa, pero como no puedo entretenerme en darle explicaciones, le diré que el futuro de nuestro país está en juego. Lamento decir que, tanto de nuestra habilidad como de la suerte, depende que acabemos con la criminal conjura. Para empezar, sargento, se pondrá usted este traje de paisano. Con el uniforme resulta demasiado llamativo.

El sargento empezó a comprender por qué el encargado por el coronel de facilitarle el pedido le había mirado de arriba abajo. Cuestión de calcular la talla.

Tomó el traje y lo dejó en el respaldo de una silla.

Los demás preparativos de Chang consistieron en preparar la cera de las velas, calentándolas con las manos y formando una pelota.

Nuestras pistolas fueron objeto de una manipulación especial.

Tanto Chang como yo, acostumbramos a usar dos armas poco corrientes en América.

Son «Luger», de tamaño más pequeños que las reglamentarias, usadas por la Policía.

Valiéndose de esta particularidad, Chang sujetó la suya a una pierna, por encima de la rodilla, gracias a un par de tiras de esparadrapo.

Me dijo que hiciera lo mismo.

Tuve que reconocer que se trataba de un modo poco usual de llevar un arma. En cambio, las dos que había traído el sargento fueron a ocupar el bolsillo posterior de nuestros pantalones.

En caso de que nos apresaran, tendríamos una probabilidad a nuestro favor.

No es probable que intentaran liquidarnos en plena población, nos encerrarían en lugar seguro hasta que pudieran disponer de nosotros.

O bien, nos transportarían a las afueras y en los dos casos, si había suerte, estaríamos en situación de dar una desagradable sorpresa a nuestros captores. El resto de los objetos pasaron al interior de una de las maletas, que llevaríamos con nosotros.

El sargento, después de un rato de reflexión, entró en uno de los dormitorios.

Cuando salió llevaba puesto el traje civil. Le venía un poco ancho, pero no mal.

—¡Demonio! —exclamó—. Me he mirado al espejo y no he reconocido al tipo que había frente a mí.

Se sentó también y esperamos.

Terminados los preparativos, la mente tuvo ocasión de empezar a trabajar por su cuenta.

¿Estaría con nosotros Katinka, o contra nosotros?

Yo tenía la convicción de que la muchacha nos ayudaría, pero la opinión de Chang pesaba mucho en mi ánimo.

El agente chino-americano no habló apenas durante el tenso tiempo que duró la espera, pero sabía que estaba inquieto.

El criminal que perseguíamos no era un vulgar ladrón o asesino, sino un agente extranjero a quien apoyaba una potencia de peligroso poder.

Era de esperar que su organización fuera poderosa y eficiente, dados los resultados obtenidos. Esto me hizo pensar algo que no había tenido en cuenta.

Sin la confianza del doctor Halsey, confianza que le había costado la vida, no nos hubiéramos puesto sobre la pista.

¿Cómo había llegado a su conocimiento la conspiración que se tramaba?

Era un científico famoso y su círculo de amistades tenía que ser muy restringido.

No parecía probable que conociera a Krasov, ni mucho menos a Gaenza y su pandilla.

La colocación de los artefactos que tenían que destruir el poder militar y económico de la nación requerían una información que sólo un americano podía dar. Y un americano relacionado con aquellos asuntos.

Comprendí que la destrucción de Krasov y su conjura era sólo un capítulo de aquel drama.

Después habría que averiguar quién le facilitaba los informes que necesitaba para sus criminales operaciones.

Pero ¿qué importaba todo esto en aquel momento? La realidad era que casi habíamos agotado las tres cuartas partes del tiempo que disponíamos y aún no teníamos resultados positivos que nos permitieran imaginar una feliz solución del caso.

Todas estas reflexiones se vieron interrumpidas por una llamada telefónica.

CAPÍTULO VI

Viernes, 7,30 tarde.

Me puse en pie de un salto y tomé el receptor. El corazón me latió con fuerza al comprobar que era Katinka. Sus instrucciones fueron muy breves.

Se trataba de ir a la casa de Krasov, dispuestos a «reventar» la caja de caudales. Dijo que ya se habían marchado, aunque ignoraba cuándo regresarían. No creía que fuera muy pronto ya que la excursión la realizarían en el avión.

Cuando colgué, miré con expresión de triunfo a Chang.

—Es Katinka. Todo va bien y nos espera en casa de Krasov.

Chang miró por la ventana. Estaba cayendo el día y las calles se iban llenando de gente que quería divertirse.

Entregó uno de los receptores-transmisores de radio al sargento Morton y me dijo que llevara la maleta. Nos pusimos los antifaces y salimos del apartamento.

Utilizamos para salir a la calle la puerta trasera de servicio.

No tuvimos sino que dar un pequeño rodeo para encontrarnos en Frederick Street. La distancia a recorrer era muy corta.

Al final de la calle, cerca del puerto, se encontraba la residencia de Krasov, una casona antigua, de dos pisos y tétrico aspecto.

Parecía que todos los habitantes de Port of Spain se habían lanzado a la calle. Eran de notar, sobre todo, las comparsas de negros que festejaban la llegada de Colón.

Nos costó algún trabajo abrírnos paso hasta nuestro objetivo. Cuando llegamos frente a la casa, Chang dio instrucciones al sargento.

Consistían en esperar en cualquier lugar cercano del puerto y estar a la escucha con su aparato.

Si no salían las cosas bien, o no regresábamos en un tiempo prudencial, su misión era volver a la base y ponerse en contacto con el coronel jefe.

Se marchó y nosotros nos acercamos a las pesadas puertas de roble de la mansión de Krasov. Sin duda, Katinka estaba esperándonos, pues no tuvimos que llamar. Simplemente, se abrió la puerta y entramos rápidamente. Las luces de la casa estaban apagadas y apenas nos veíamos unos a otros.

—Ésta es la señorita Levine —presenté—. Y éste es mi amigo Franklin L. Chang, que dirige la investigación. Katinka hizo una leve inclinación con la cabeza y ni ella ni Chang pronunciaron una palabra.

Nos guió a través de un inmenso «hall» hasta una habitación que parecía destinada a despacho o biblioteca.

Había libros por todas partes y en un ángulo de la estancia, una enorme arca de seguridad.

Algunos sillones y una mesa completaban el mobiliario.

Chang procedió a inspeccionar la caja fuerte y frunció el ceño.

—Demasiado difícil de forzar. Nos llevaría mucho tiempo —me dijo.

Cerró cuidadosamente las dos ventanas de la biblioteca y encendió la luz.

Abrió la maleta y colocó sobre la mesa la maleta que habíamos traído con nosotros, sacó algunas cosas y estuvo preparando algo.

Luego empezó a trabajar con la habilidad de un profesional del robo.

Primero utilizó el soplete. Le llevó casi veinte minutos hacer tres perforaciones alrededor de la cerradura.

Cuando terminó, cerró dos de los orificios con la cera de las velas que ya llevaba para el caso.

Por la tercera perforación vertió buena parte del contenido del frasco, nitroglicerina.

Más de una vez había oído hablar de cómo un profesional es capaz de «reventar» un arca de caudales, pero hasta el momento no tuve ocasión de ver de cerca la operación.

La cerradura constituía una bomba, cerrados todos sus escapes

con la cera, que estallaría, agrietando las partes adyacentes, en caso de que todo hubiera sido realizado con arreglo a la más depurada técnica.

Cuando Chang fijó la mecha y cerró el último agujero con otro pedazo de cera, dio un paso atrás y se quedó contemplando su obra.

Encendió una cerilla y la aplicó a la mecha. Ardió con una llama azulada.

—¡Vamos!

Salimos de la biblioteca y cruzamos el «*hall*», para llegar hasta el jardín que se extendía en la parte trasera de la casa.

Transcurrió casi medio minuto y la explosión no sonaba. Recordé que la mecha era bastante larga, precaución debida a la previsión de Chang.

A veces las mechas hacen lo que se llama en argot minero «correrse», es decir, se consumen de pronto en una extensión más o menos larga, con el consiguiente peligro para quien maneja el explosivo. De pronto, hubo una conmoción.

Era un rumor lejano y apagado, pero bastante potente. Algo así como el ruido subterráneo que produce la aproximación de un terremoto. Volvimos a la biblioteca y una humareda de acre olor nos dio en la cara al abrir la puerta. Nos acercamos a la caja y Chang echó una mirada con su crítico ojo.

El metal estaba lleno de grietas, pero la puerta no había cedido. Me pregunté si no habría que poner una segunda carga, pero no era así.

Chang asió la palanca que servía para descorrer el pestillo, una vez puesta la combinación correspondiente.

Tiró un poco y luego repitió la operación, empleando toda su fuerza.

La pesada puerta se abrió lentamente. Nos precipitamos a registrar su interior, vivamente interesados en averiguar lo que podía tener dentro.

Había una buena porción de papeles de todas clases, de modo que se imponía una pesada revisión de todo el material.

Y mientras tanto, el tiempo seguía corriendo. De haber sido menos los documentos a revisar, hubiéramos cargado con ellos para examinarlos en lugar seguro, pero no podíamos ni pensar en ello.

Chang se sentó ante la mesa y rogó a Katinka que vigilara la

calle por una ventana entreabierto para tal propósito.

Yo empecé a vaciar el arca de caudales y a echar papeles encima de la mesa.

La mayoría eran documentos relacionados con la gestión consular de Wladimir Krasov y estaban escritos en un idioma eslavo, que ni Chang ni yo conocíamos.

Había otros en inglés, francés y español. Y por comparación pudimos estar medianamente seguros de que eran parecidos ya que presentaban las mismas características.

Chang tenía mucha calma y procuraba que nada le pasara inadvertido, pero yo me ponía nervioso por momentos.

La idea de que Krasov, seguido por la pandilla de Gaenza, podía irrumpir en la casa de un momento a otro, no contribuía a tranquilizarme.

Llegué a pensar si no estaría perdiendo el valor. Pero un ligero examen me dio la clave del asunto. No temía por mi seguridad, sino por la vida de Katinka.

Seguimos nuestro trabajo hasta que apenas quedó nada por ver, excepto tres objetos: un libro, encuadrado en pergamino y dos cajas (por lo menos me parecieron cajas) de forma rectangular y de unas seis pulgadas de alto, tres de ancho y nueve de largo.

—Se acabó —le dije a Chang, cuando le entregaba el último papel.

Se sobresaltó.

—¡Imposible! —dijo, con acento desesperado—. No queda un solo documento en la caja.

—Pero ¿no comprendes? ¡No podemos fracasar en esto! No nos vamos a marchar con las manos en los bolsillos. Si es necesario, habremos de esperar a que vuelvan y hacerles hablar, no importa cómo.

Extendí los brazos con ademán de muda desesperación. Luego tomé el libro de las tapas de pergamino. Le eché una mirada a las hojas.

Era, indudablemente, un libro antiguo, pero estaba impreso en el mismo idioma eslavo que me era desconocido. Se lo puse delante a Chang.

—Aquí dentro no hay nada.

Las dos cajas ocuparon mi atención durante unos momentos.

Terminé por pensar que estaban construidas de un metal desconocido para mí, con aspecto de ser fuerte y poco pesado.

No descubrí el modo de abrirlas. Tenían un orificio en una de las caras más pequeñas y eso era todo.

Chang examinó el libro y concentró luego su atención en una de las misteriosas cajas.

Anduvo buscando el sistema de apertura, pero el brillante metal negro no tenía ningún resquicio que dejara adivinar dicho sistema.

Pensé que intentaría forzarla de algún modo, pero era demasiado hábil para ello. Se limitó a ponerla delante de la luz, para verla mejor.

Entonces descubrió algo.

—Mira esta sección —observó.

Un pequeño círculo en una de las caras laterales era apenas perceptible. Chang puso un dedo encima y apretó.

Por el agujero que ya nos había llamado la atención antes surgió un cárdeno fogonazo y sonó una explosión parecida a la que podría causar un disparo.

—¡Demonio! —exclamé, en el colmo del asombro.

Chang no dijo nada. Volvió a dejar encima de la mesa la caja de metal y la envolvió en un papel.

Nos la llevábamos. Luego flexionó maquinalmente la tapa superior del libro.

Se curvaron sus cejas en un movimiento de atención. Dobló la otra y sus movimientos tomaron un ritmo febril.

Abrió el libro y examinó la tapa por dentro. Una pequeña hendidura, parecida al corte de una hoja de afeitar, se abría a todo lo largo del pergamino.

Introdujo uno de sus largos dedos y sacó una hoja de papel blanco.

Aquello podía tener interés. Miré por encima de su hombro y vi que, estaba escrita a máquina. Desgraciadamente, aparecieron de nuevo los signos eslavos que tan antipáticos me estaban resultando.

De todos modos, sólo ocupaban un par de renglones en el encabezamiento del escrito. El resto y más extenso informe (o lo que fuera) eran números, simplemente números.

Al final, un renglón más de los extraños caracteres.

La lista de números era la siguiente:

122-17,1054-
42, 353-3,
945-1,
263-26,
90-13,
1268-46,
420-25,
645-16,
3-12,
296-40,
934-9,
508-11,
1310-31,
847-30,
28-31,
1300-6,
55-15,
982-8,
426-29,
113-24,
1031-22,
366-13,
926-12.

—Una clave, sin duda —fue todo lo que se me ocurrió.

—Sí. Con toda probabilidad, es lo que buscamos. Pero las claves requieren tiempo, mucho a veces.

—Bueno ya podemos marcharnos.

Pero Chang movió la cabeza, negativamente:

—Vete a vigilar la puerta trasera, la del jardín. Yo trataré de descifrar este criptograma. Quiero decir que, si no lo logro, tendremos que esperar a que aparezcan Krasov y sus hombres. No saldremos de aquí sin saber lo que necesitamos.

Me fui a la parte trasera de la casa. Un ligero examen me convenció de que mi presencia era poco menos que inútil.

La casa, seguramente una antigualla de la época colonial, tenía

las ventanas provistas de fuertes rejas de hierro.

Las puertas se podían atrancar por dentro con unas aldabas que por lo menos pesarían diez y doce libras cada una de ellas. Además, tenía intención de ayudar a Chang.

Reconozco que mis intervenciones en su trabajo se debían más a la potencia de mis músculos que a la de mi cerebro, pero jamás he pensado que podía ser idiota.

Chang tenía una inteligencia privilegiada, pero en algunas ocasiones me había sorprendido ver en él reacciones puramente orientales.

Cuando las cosas eran complicadas, todo iba a pedir de boca. Mas en el caso de que fueran sencillas, tardaba antes de ponerse en situación.

En cambio, el funcionamiento de mi mente era sencillo como el de un reloj, como el de todos los arios. Llegué hasta la puerta del despacho y miré desde allí.

Chang había dejado la pistola sobre la mesa y tenía la cabeza inclinada sobre la hoja de papel que él creía y yo esperaba, nos daría la solución de nuestro problema. Debía tener aquel día muy excitado su poder telepático, porque casi inmediatamente levantó la vista y me vio. Hizo una seña con la mano, invitándome a pasar.

—Me temo que estoy perdiendo el tiempo —dijo, desalentado—. Es indudable que ha de haber una clave, pero no tiene parecido a ninguna de las que conozco, es decir, no se parece ni a las claves ni a los sistemas que he estudiado anteriormente.

No tengo mucha experiencia en estas artes detectivescas. Mi idea de poder ayudar a Chang se desvaneció como la nieve bajo el sol. Le vi tan abatido que intenté animarle con uno de mis chistes, sin conseguir resultado apreciable alguno.

—Fíjate en esto. Cada grupo de dos números es una palabra. Un nombre para ser exactos.

—¿Cómo puedes saberlo si no conoces la clave, de su significado?

Me miró con aire de suficiencia.

—Porque tiene que ser así. Los nombres geográficos de los lugares donde han de ocurrir las explosiones nucleares. El primer número de cada grupo es más elevado que los del segundo, por regla general. Llegan hasta el 1300, mientras que los otros no

rebasan el 46. Naturalmente, a pesar de que el idioma de Krasov no es el nuestro, estos nombres son americanos. En el inglés, el noventa por ciento de las palabras son bastante cortas, pero los nombres geográficos suelen ser más largos.

Era bastante comprensible, pero no veía en qué podía ayudarnos. La falta de descanso y la tensión nerviosa habían dejado profundas huellas en el semblante de mi amigo.

Había adelgazado y estaba más pálido que nunca. Hubiera dado cualquier cosa por poder ayudarle, pero me temía que en aquella batalla sería él el único general.

—Este Krasov parece cuidadoso y metódico como un matemático —dije, por distraerle un poco—. Me recuerda una carta que recibí hace un par de días de uno de mis lectores, que es profesor de matemáticas. Se tomó la molestia de escribirme sólo para decirme que había cometido un error en cierto pasaje de mi último relato. Un tipo curioso, verdaderamente. Hasta me señalaba en qué página y línea estaba el error.

Chang ni levantó la cabeza. Seguía pensando, pensando.

—Lo gracioso del caso es que estaba equivocado —continué, como si nada ocurriera—: Me decía que en la página trescientos cuarenta y cinco, línea ocho, indicaba el nombre del jefe de Policía de Nueva York con una letra de menos. Me tomé la molestia de tomar el libro en cuestión y vi que el error existía, pero en la página trescientos cincuenta y cuatro, línea ocho. Esto demuestra que, a pesar de todo el cuidado que pongamos, todos estamos sujetos a errores. Así se lo dije a mi comunicante en una nota que le envié.

Las manos de Chang se crisparon sobre las tapas del libro, del pergamino sobre el cual tenía la hoja de papel con el escrito en clave. Me miró con una expresión salvaje.

—¡Repíte eso! —Las palabras salían difícilmente entre sus apretados dientes.

—Pues que uno de mis lectores me escribió para decirme que...

—¡No, no! ¡Lo que sigue! El sitio donde estaba o no estaba el error —me interrumpió, bastante bruscamente.

—Vaya. Que decía que el error estaba en la página trescientas, cuarenta y cinco, línea ocho y donde verdaderamente lo encontré fue en la...

—¡Exacto! ¡En la página trescientas cincuenta y cuatro, línea

ocho! ¿No te das cuenta, Bill?

He de confesar que no tenía ni la más remota idea de lo que quería decir. Hasta llegué a pensar si no estaría mi amigo un poco trastornado.

No es el primer caso de pérdida temporal de la razón a causa de un trabajo mental demasiado fuerte.

—Estos nombres —continuó Chang, muy excitado—, tienen que estar en inglés. Algunos se pueden traducir a otro idioma, como, por ejemplo, New York. Pero fíjate: sólo la primera parte del nombre. New, que es nueva o nuevo, en español, o neuf o nueve, en francés. La segunda parte York, no tiene traducción posible, porque los nombres geográficos son algo muy propio del país que los usa. De modo que quedamos en qué estas cifras son nombres y están en inglés.

No estaba yo tan seguro de ello, pero tampoco tenía su agudeza mental. Chang ya lo había observado en más de una ocasión, averiguaba un ochenta por ciento de las cosas que necesitaba saber y el resto lo adivinaba. Éste fue uno de esos casos.

—Utiliza ahora tu cerebro, Bill. Vamos a seguir una pista imaginaria, que nos permita sacar alguna conclusión. ¿Puede existir un libro donde estén consignados todos estos nombres?

Moví la cabeza, pacientemente.

—Confieso que sería muy útil un libro así, pero estamos ante un asunto que exige toda nuestra seriedad.

—Hablas como un pollino, obras como un pollino, muchas muchas veces y, sin embargo, resuelves los problemas más difíciles.

Esto no me gustó. Ya sé que se refería a las confidencias que le hice aquella mañana a Katinka.

Pero no me gustaba que tomara la costumbre de repetirlo cada dos o tres horas.

—¿Qué quieres decir? —inquirí, ceñudo.

—Lo que oyes. El misterio de esta clave ha dejado de serlo para mí gracias a tus observaciones. ¿No lo crees? Bueno, dejaré la explicación para más tarde. Pues te equivocas. Hay un libro donde están todas las palabras del idioma, una detrás de otra y por orden alfabético riguroso.

¡Naturalmente! ¿Cómo no había caído antes?

—La enciclopedia —contesté, verdaderamente interesado.

—¡Eso es! Busca inmediatamente por estos estantes alguna enciclopedia británica. Recuerda que tiene que ser en un solo tomo y éste no debe pasar de unas mil cuatrocientas páginas.

Estuve husmeando por las estanterías un par de minutos y di con él. Una enciclopedia británica de mil cuatrocientas páginas exactamente.

—Bueno —dijo Chang, ahora muy serio—, ésta es la prueba definitiva. ¡Quiera Dios que todo salga bien! Busca la palabra «Marbury».

Empecé a pasar páginas del diccionario, hasta llegar a la palabra que buscaba.

—¡Aquí está! —Gruñí—. Hay varios Marbury.

—No importa. El que me interesa es «Marbury Point».

—Lo encontré.

—Pequeño cabo frente a la isla Goose, en los Blue Plans, de Washington. Costa del río Potomac. ¡Pero si es el lugar donde encontramos la primera bomba!

—Exacto —la sonrisa de Chang expresaba satisfacción—. Veo que empiezas a darte cuenta del asunto. ¿En qué página está?

—En la novecientas treinta y cuatro.

—Ahora la línea.

Conté cuidadosamente. Era en la línea nueve. Se lo dije a Chang. Como si ya esperara lo que oía.

—Mira aquí —indicó con el índice uno de los grupos de cifras:
934-9

—. La búsqueda ha terminado. El sistema que ha empleado Krasov para señalar los lugares donde tienen que ocurrir las explosiones es diabólicamente sencillo, tanto que dudo pudiera ser resuelto por nadie a no ser que la casualidad le ayudara bastante.

—Cuando te oí contarme esa estúpida historia del lector que te reprochaba un error, me di cuenta de lo sencilla que resultaba.

—El primero de los números de cada grupo indicaba la página de la enciclopedia donde debe buscarse y la otra, la línea en que se encuentra. Sólo restaba encontrar el libro y ya lo tenemos.

—Seguramente las explosiones no iban a realizarse simultáneamente, sino escalonadas ya que así la confusión sería un registro donde seguir las incidencias de la operación. De aquí la existencia de la nota.

—Recoge las cosas y no olvides la caja de metal. Aquí se detuvo un momento para reflexionar. Cambió de opinión.

—No. Desenvuélvela y déjala donde estaba.

Mientras yo recogía nuestras herramientas y las metía dentro de la maleta que habíamos traído, Chang tomó el libro y lo puso dentro de la forzada caja de caudales, con las hojas hacia abajo y el lomo en la parte superior.

Le prendió fuego con su encendedor y estuvo insistiendo hasta que quedó reducido a cenizas.

Procuró que éstas no perdieran su forma, de modo que se viera que pertenecían al libro.

Tan pronto como intentara alguien cogerlo, se desharía en polvo.

—De ese modo —me explicó—, es posible que crean que se ha intentado un robo y el libro ha sido destruido por la explosión de la nitroglicerina. No creo que echen de menos la enciclopedia que nos llevamos, pero hemos de correr ese riesgo. Cuando terminé de recoger los objetos que habíamos traído, me asaltó una idea. ¡Katinka! ¿Qué sería de ella si se quedaba allí hasta que regresaran los bandidos?

Comuniqué mis temores a Chang y se mostró de acuerdo conmigo en que sería muy peligroso para la muchacha.

De todos modos, ya no podía esperar nada de Krasov, aun en el caso de que no llegaran a sospechar de ella como cómplice del robo si la dejábamos atada y amordazada para engañarles.

—Será mejor que venga con nosotros —dijo.

Katinka asintió. Estaba decidida a todo. Ahora que la suerte de su padre se podía adivinar, nada le importaba.

Chang la miraba con admiración, pero no dijo nada que pudiera recordarle a la muchacha este triste asunto.

Tomó el receptor-transmisor de radio y llamó:

—¡Atención, Morton! ¿Está a la escucha? Cambio.

Inmediatamente llegó la respuesta del sargento:

—¡A la escucha, señor! Cambio.

—Bien, vaya al hotel de prisa. Eso es todo.

Salimos a la calle inmediatamente, dispuestos a llegar al hotel en el tiempo más corto posible.

Era una verdadera multitud la que llenaba Frederick Street,

hasta el punto de que nos fue preciso abrírnos paso a codazos, sin importarnos si empujábamos a blancos o a negros.

Cuando llegamos ya estaba el sargento Morton esperando a la puerta.

Subimos todos a nuestras habitaciones y Chang, con mi ayuda, empezó a traducir el escrito en clave.

Era una tarea laboriosa, que debía llevarse a cabo con el máximo cuidado ya que una sola equivocación podía ser desastrosa.

Cuando terminamos se empeñó mi amigo en que hiciéramos una exacta comprobación.

Tomé la hoja de los números y Chang se encargó ahora del diccionario. Repetimos el trabajo otra vez y finalmente se dio por satisfecho.

* * *

Viernes, 9,30 de la noche.

—Bueno, esto se ha acabado —Chang se frotó las manos y se inclinó para quitarse la pistola que llevaba adherida a la pierna con el esparadrapo. Se ve que le molestaba.

Yo mismo había olvidado aquello, pero al recordarlo sentí que la piel picaba bastante en toda la superficie que ocupaba la cinta adhesiva.

Hice la misma operación y respiré aliviado cuando me vi libre de ella.

—Hemos tomado muchas precauciones —observé—, pero ha valido la pena. Si me hubieras preguntado antes de ir a casa de Krasov, te habría dicho que no esperaba tener tanta suerte. ¿Cuál es el programa para las próximas horas?

—Muy sencillo, muchacho —Chang me llamaba siempre muchacho cuando estaba contento—, pues consiste en salir para la base de Chaguaramas. Se transmitirá por radio a Washington el contenido de la lista que hemos descifrado.

—La hora H, según decía el difunto doctor Halsey, sonaría al mediodía del sábado. Quedan unas quince horas para transmitir el informe y que las bombas sean localizadas.

—Hay tiempo suficiente. Sargento Morton, vaya al automóvil y

póngalo en marcha. Salimos para la base ahora mismo.

Se marchó el sargento a cumplir la orden recibida y yo miré a Katinka. No creo exagerar si digo que estaba más bella que nunca, pero una sombra de tristeza cubría su semblante.

Me acerqué a ella, con la intención de darle ánimos. La escena era la siguiente:

Chang estaba sentado ante la mesa, con los papeles referentes al caso delante, dándoles una última ojeada.

Katinka miraba por la ventana que daba a la trasera del edificio. Yo intentaba encontrar palabras para consolar su tristeza.

CAPÍTULO VII

Viernes, 9,45 de la noche.

—Tenemos que ponernos en marcha —observó Chang.

Sí, había que marcharse hacia la base. Nuestros asuntos particulares quedaban en segundo término ante la importancia de que nuestros descubrimientos fueran radiados al Departamento de Defensa de Washington.

Entré en mi dormitorio y recogí mis cosas. Las metí en la maleta de cualquier manera.

Pero cuando salí con ella en la mano, me dijo Chang que no era necesario llevarse el equipaje.

—Tendríamos que pagar la cuenta ahora y perderíamos tiempo —explicó, al tiempo que me alargaba un papel—. Toma esto. Es una copia de la traducción referente a los lugares en que ocurrirán las explosiones. Guárdalo en el bolsillo. Nadie sabe lo que puede ocurrir.

Comprendido. Le hice un par de dobleces para que ocupara menos sitio y metí el papel en el cuello de mis calcetines.

Chang se guardó su pistola en la funda que usualmente llevaba en el sobaco. La otra que habíamos utilizado en la incursión a la casa de Krasov se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

Por mi parte hice lo mismo, salvo que no me gustan las fundas bajo el brazo, sino que las llevo al cinturón, de modo que, al igual que mi amigo, puse la mía en la funda y me guardé la otra en el bolsillo posterior del pantalón.

Salimos los tres y descendimos al vestíbulo del hotel.

Estaba desierto, salvo el hindú que había detrás del mostrador

en funciones de conserje.

Ante la puerta nos esperaba el coche con el sargento Morton al volante.

Un momento después estábamos en marcha hacia la base americana. La distancia era corta, apenas diez millas, de modo que no esperábamos tener contratiempo.

El atravesar las calles fue de nuevo nuestra pesadilla. La aglomeración era tremenda, y parecía que no íbamos a alcanzar la carretera nunca. Sobre todo, temíamos a los secuaces de Krasov.

No era probable que tuvieran ningún indicio de la identidad de los ladrones que acababan de asaltar su casa, pero era elemental que su primera preocupación sería buscar a la desaparecida Katinka.

De todos modos, a fuerza de bocinazos y alguna que otra interjección, más o menos enérgica, llegamos a vernos libres de la multitud.

El sargento enfiló la cuidada carretera y apretó el acelerador.

En muy pocos minutos estuvimos entre cocoteros y montañas.

De pronto, el conductor frenó en seco. Nos vimos lanzados violentamente hacia delante y yo sufrí un fuerte golpe en la frente, aunque no fue nada importante.

Aparte de un ligero dolor y el correspondiente chichón, mis facultades estaban perfectamente.

En seguida oí las maldiciones de Morton, La cosa no era para menos. Atravesado en la carretera, perfectamente visible a la luz de los faros, se encontraba un tronco de palmera que la bloqueaba por completo.

Vi aparecer la pistola de Chang en su mano derecha.

—¡Pronto —gritó—, hay que apartar el obstáculo!

Bajamos del coche. Morton se dirigió al lugar donde estaba el tronco y tiró de él.

Nosotros esperamos, uno a cada lado del coche, con la sensación de que iban a llover balas de un momento a otro.

Sin embargo, no ocurrió nada de esto.

Al parecer, no había nadie en los alrededores de la carretera. Puede que la caída del tronco hubiera sido casual.

—¡Pesa demasiado! —Oímos gruñir a Morton.

Tuvimos que ir a ayudarlo. Entre los tres fue posible mover la

mole aquélla, aunque no fácil en modo alguno.

Hubo que apretar de firme, pero conseguimos nuestro objeto. Regresamos al coche rápidamente.

La noche era muy oscura ya que la luna no saldría hasta después de las doce. Parecía un frasco de tinta.

Al abrir la portezuela sentí que el corazón se me bajaba a los pies. ¡Katinka no estaba allí!

—¡Katinka! —grité.

Nadie contestó a mi llamada. ¿Habría bajado para estirar las piernas y estaría por allí cerca?

—¡Katinka!

Silencio. Chang me miró. Morton había puesto de nuevo el motor en marcha y rugía como una fiera enjaulada.

—¡Vámonos!

Chang tuvo que levantar la voz para que pudiera oírle.

—¡Se han llevado a Katinka! —objeté, lleno de terror.

—Ya lo veo. Seguramente te vieron esta mañana con ella y nos han perseguido. Ahora intentarán averiguar lo que ha pasado por su mediación, por eso no nos han atacado, pero no importa. Nuestra misión se cumplirá igualmente sin ella. En marcha.

—Espera yo no voy —sentía que no podía dejar a la muchacha en manos de aquellos bandidos—. Tengo que ayudarla.

—¡No seas loco! —Chang empezaba a exasperarse—. Te matarán.

Le empujé para que subiera al coche y grité a Morton:

—¡Arranque!

El coche salió disparado y me quedé al lado de la carretera, envuelto por las espesas tinieblas.

¿Cómo pudieron hacer aquello sin que oyéramos lo más mínimo y en nuestras propias barbas?

Seguramente tenía razón Chang. Lo único que les interesaba, de momento, era hacerse con la muchacha para averiguar qué era lo que perseguíamos.

La idea de que podíamos saber tanto acerca de sus planes no podía haber pasado por la mente de Krasov.

Y la joven, al ver lo que podía ocurrir, había optado por seguirles sin oponer la menor resistencia. Al fin y al cabo, lo que importaba era que llegáramos nosotros a la estación radiotelegráfica

de la base.

Cuando Krasov se quisiera dar cuenta, sus planes estarían por los suelos y sería demasiado tarde para hacer nada.

El hecho de que la isla fuera territorio británico explicaba también la circunspección de los bandidos.

Los ingleses no acostumbran a gastar contemplaciones con los asesinos y le largan a uno una cuerda al menor estímulo que se haga para ello.

«Tengo que encontrarla», me repetía a mí mismo.

Pero esto era más difícil de decir que de hacer. Primero. ¿A qué lugar la habrían llevado?

Si Krasov no tenía algún otro escondite, lo natural es que la hubieran dirigido a su casa, pero no era seguro. Y en caso de que dispusiera de más escondites, la tarea se hacía punto menos que imposible.

La visibilidad, como ya he dicho antes, era mala. No se distinguía nada a más de ocho o diez pasos de distancia y esto a duras penas.

Estaba a cosa de un par de millas de Port of Spain, pero supuse y con razón, que no habrían venido a pie pudiendo hacerlo en coche.

Desde que se fue el coche que llevaba a Chang no se había producido ningún ruido que indicara la existencia de otro vehículo por los alrededores, pero esto no quería decir nada ya que los silenciadores que se usan hoy en día son bastante perfectos.

Corrí hasta una eminencia del terreno que, según creía recordar, me permitiría ver un buen tramo de carretera o, por mejor decir, alguna luz que discurriera por ella, pues el terreno era completamente invisible.

No tuve que esforzarme mucho para descubrir lo que podría ser una buena pista. Alejándose de mí a buena velocidad, se divisaban las luces traseras, rojas como ojos de cíclope, de un coche.

Así que podía apostar doble contra sencillo a que el punto de destino de los captores de mi amiga era Port of Spain.

Tomé una decisión con la presteza que las circunstancias requerían. De algo me tenían que servir aquellas piernas de que disponía y que más de una vez me hicieron conquistar algunos premios en campeonatos oficiales.

Sobre todo, las carreras de medio fondo y las de fondo eran mi

fuerte. Eché a correr hacia la ciudad.

A los pocos metros advertí la diferencia que hay entre correr con pantalón corto y zapatillas y hacerlo completamente vestido en un lugar en que apenas si distinguía el terreno que pisaba.

Por lo pronto, la pistola que llevaba en el bolsillo del pantalón empezó a molestarme con su rítmico golpeteo.

Tuve que llevarla en la mano, pues en cualquier bolsillo que la pusiera bailaba del mismo modo.

Creo que debía haber cronometrado el tiempo que tardé en cubrir las dos millas que me separaban de Port of Spain.

Seguramente que batí mi propia marca por mucho, pero nunca me había esperado en la meta un premio como el de aquella vez.

Tal vez la diferencia entre la vida y la muerte para Katinka estaba en la prontitud con que acudiera en su ayuda.

Al llegar a la población comprendí que no iría muy lejos si llevaba aquella pistola en la mano.

Detuve mi carrera y respiré profundamente para recobrar el aliento.

La gente seguía tan loca como antes, o por lo menos me lo parecía a mí.

Que estuvieran celebrando una fiesta general cuando la tragedia rondaba tan cerca de ellos me parecía tan absurdo como las escenas que se viven en una pesadilla.

Al final de la calle vi brillar el faro del puerto, iluminando la casa de Krasov, que me pareció ahora siniestra como un castillo medieval.

Cuando llegué ante la puerta empezaron mis vacilaciones. ¿Cómo podría entrar? Y sobre todo, ¿qué iba a hacer una vez dentro?

Con Krasov estarían sus secuaces, tres hombres en total, lo que hacía subir a cuatro el número de mis enemigos.

Dejé la fachada principal para ir a la trasera del edificio, donde estaba el jardín.

Tanto me daba una cosa como otra. Lo único que me importaba era saber si Katinka estaba viva o no y para ello tenía que entrar. Bien, entraría.

Ahora, que ha pasado algún tiempo desde aquella aventura, me doy cuenta de que la ansiedad y la falta de descanso me tenían en

un estado anormal por completo.

Creo que si hubiera visto abierta la puerta de la casa de Krasov y sus hombres esperándome junto a ella, hubiera entrado como se entra en un teatro, sin pensar que mi vida podía correr algún peligro.

La pared que circundaba el jardín, no era muy alta, calculo que tendría menos de tres yardas. Luego tenía encima una verja de espino artificial, como de yarda y media.

No me costó gran trabajo subir la pared, pero el saltar la alambrada tuvo más dificultades.

Me hice algunos arañazos, que apenas sentí, y el pantalón quedó hecho una lástima. Pero llegué al jardín y eso lo explica todo.

La casa estaba en tinieblas, como la noche que me rodeaba. No se veía ninguna luz a través de las ventanas, cosa que no debía importarme demasiado.

Si, lo que me temía era cierto. Krasov sería el primer interesado en que no se diera cuenta nadie de lo que ocurría en el interior.

Me pareció recordar haber leído algo acerca de aquellas antiguas construcciones de la época colonial, que tenían más aspecto de fortaleza que de mansiones civiles.

Algo acerca de tremendos sótanos y bodegas en las entrañas de la tierra.

Quizá en alguna de ellas estaría Katinka, sometida al interrogatorio de Krasov.

Inspeccioné la puerta y pude comprobar que estaba cerrada.

Pensando en las trancas que tenía para ser cerrada por dentro, no me quedó la más remota esperanza de forzar la entrada por allí.

Algunas ventanas enrejadas, a la altura del suelo del jardín, me dieron la idea de intentar pasar al interior por alguna de ellas.

Encendí la linterna eléctrica y dejé caer el rayo de luz sobre los enmohecidos barrotes de la primera ventana que había al lado de la puerta.

Comprobé que eran muy gruesos, pero el óxido, propio de la húmeda atmósfera tropical, formaba una espesa capa sobre ellos. ¿No sería posible arrancar alguno?

He de reconocer que me encontraba agotado, como había de ver muy poco después. Pero los nervios me sostenían.

Debía tener fiebre, pues, a pesar de la cálida temperatura, sentía

escalofríos.

Tiré del barrote hasta que noté el sudor correr por mi espalda, en cálidos chorros y por la frente, hasta tal punto, que tuve que cerrar los ojos, cegado por el acre líquido.

¿Era una ilusión de mis sentidos? ¡No! ¡El barrote estaba cediendo! Descansé unos segundos para recobrar el aliento y proseguí mi tarea.

La barra de hierro se doblaba por momentos y el alvéolo de piedra donde estaba incrustada se rajó de arriba abajo.

Súbitamente se partió por la mitad y caí de espaldas sobre la blanda tierra del jardín.

Me agaché y pensé en explorar las tinieblas del sótano con mi lámpara, desechando la idea.

No podía haber mucha altura desde la ventana al suelo y tenía que proceder lo más cautelosamente posible.

Me deslicé trabajosamente entre el hueco que había quedado al arrancar el barrote.

Agarrado a uno de ellos dejé colgar las piernas en el vacío. Tras un momento de vacilación, solté las manos.

La caída no debió ser muy grande, unos ocho pies o menos, pero el encontronazo con el suelo hizo que se me doblaran las piernas y rodé por el suelo, haciendo bastante ruido.

La noche era oscura en el exterior, pero allí dentro parecía que estaba en el interior de una tumba.

No podía caminar a ciegas, de modo que encendí la linterna.

Me encontré en una especie de catacumba, con el techo abovedado y llena de telarañas.

Era muy espaciosa y tardé bastante en dar con la puerta, de gruesos tablones de madera de teca. Y estaba abierta.

Llegué hasta allí y eché una mirada al otro lado. Estaba tan oscura como el sitio que había dejado.

Avancé lentamente, con las manos extendidas y antes de que hubiera dado cinco pasos toqué una pared. Un pasillo.

Aquello era un pasillo y estaba yo tocando la pared de enfrente, por tanto, podía escoger ir hacia la derecha o a la izquierda.

Por la izquierda, aunque esforcé la vista hasta que me dolieron los ojos, estaba la oscuridad más sólida que nunca, por lo menos esta impresión me hizo.

Volví la cabeza hacia la derecha y el corazón empezó a latirme como un motor. Se veía un cuadrado de luz.

He de explicarme: No era un cuadrado perfecto, sino más bien un rectángulo, aunque sólo tenía tres lados, faltando uno de los dos más largos, aunque se adivinaba.

Estuve en el pasillo, a oscuras y tambaleándome, más de cinco largos minutos, hasta darme completamente cuenta de que aquello era una puerta entreabierta, que daba a una estancia donde había luz.

Me acerqué lentamente, temiendo, más que deseando, ver lo que habría al otro lado.

Los tablones de la puerta tenían varias grietas y tuve la precaución de echar una mirada por la más grande antes de entrar. Contemplé una escena dantesca.

No es que fuera nada espeluznante, en absoluto, sino que era extraña, amenazadoramente extraña.

La luz provenía de una potente lámpara, colocada encima de una mesa con aspecto de tener varios siglos, a juzgar por lo deteriorada que estaba.

La pantalla de la lámpara estaba colocada de modo que iluminara el rostro de una persona que había sentada ante la mesa: ¡Katinka!

Era ella. La luz iluminaba su cara hasta darle un tono de yeso.

Tenía los ojos cerrados y respiraba convulsivamente. Debido al contraste, el resto de la estancia quedaba completamente oscurecido, de modo que no vi nada.

Por otra parte, no hubiera sido capaz de darme cuenta de nada, excepto de que Katinka estaba allí, delante de mí, torturada por aquella cegadora lámpara, a menos de veinte pasos de mí.

Empujé la puerta con toda suavidad, según creía yo, pero, ante mi sorpresa, salió disparada, hasta chocar violentamente contra la pared.

—¡Katinka! —mi propia voz me pareció la de un extraño y sonaba tan fuerte como si estuviera gritando.

Los ojos de la muchacha se abrieron. Sin duda no podía verme, porque estaba yo fuera del cono de luz de la lámpara.

Me acerqué a su lado con vacilantes pasos, igual que si estuviera borracho, hasta que pude poner una mano en su hombro.

Me di cuenta de que se estremecía y estallaba en sollozos. Además, percibí otra cosa: una cuerda sujetaba sus brazos a la espalda.

—¡Maldición! —exclamé—. ¡No llores ahora!

Me incliné para librarla de la cuerda y en aquel momento algo que parecía un muelle de acero me atenazó el brazo y me hizo dar media vuelta. Luego sentí que estallaba mi cerebro y me desvanecí,

* * *

Viernes, 11,10 de la noche.

Ignoro el tiempo que permanecí inconsciente. Cuando recobré el conocimiento tardé algún tiempo en recordar los últimos acontecimientos.

La fiebre que me había tenido bajo su férula durante las pasadas horas había remitido por completo y tenía el cerebro despejado y claro.

Me encontraba tendido en el suelo, envuelto en la más completa oscuridad.

Al intentar llevarme las manos a la cabeza, que me dolía horriblemente, descubrí que las tenía sujetas a la espalda. Sentí el frío acero de unas esposas en mis muñecas.

Si estábamos en el mismo día había transcurrido muy poco tiempo desde que entrara en casa de Krasov.

Intenté incorporarme y choqué contra un cuerpo que estaba a mi lado. No podía equivocarme. Katinka estaba conmigo.

—¡Katinka! —susurré.

La muchacha tardó unos momentos en contestar. Luego dijo:

—¿Por qué has vuelto?

Me eché a reír.

Debías de saberlo ya. En caso contrario es que no eres tan lista como me figuraba.

—Ya habíais conseguido vuestro propósito —continuó ella—, no hacía falta, por tanto, preocuparse de más.

—Lo siento —repuse—. Siempre me preocupo por todo. ¿Cómo fue aquello? Cuando entré creí que estabas sola.

—Krasov quería saber quién eras. Me vigilaban esta mañana y

nos vieron juntos en la playa. No sabe que sois más qué uno, ni tiene idea de lo que buscáis. Por eso ahora está seguro de que sus planes seguirán adelante, teniéndote en su poder.

—Intentaba hacerme hablar, pero no lo hubiera conseguido. Estaban todos en la habitación, pegados a la pared cuando entraste. Parecías a punto de desvanecerte. Cuando te acercaste a mí te golpeó ese americano, Big James.

—Y que lo hizo bien —el dolor que sentía en los sesos no me dejaba decir otra cosa—. ¿Qué pasará ahora?

Katinka permaneció silenciosa y tuve que repetir la pregunta.

—Es muy sencillo —me dijo—. Nos matarán a los dos. No debías de haber vuelto. No creo que se hubiera atrevido a matarme entonces, o quizá sí, pero tú hubieras estado fuera de todo esto, Bill.

—¿Te das cuenta, Katinka?

—¿De qué?

—Es la primera vez que me llamas Bill y nadie lo ha dicho jamás con ese acento tan cálido. Tenía que venir, no hubiera podido ser de otra manera. Y no me importa dejar este mundo, si voy contigo. Creo que he vivido bastante. Además, tú no conoces a mi amigo Chang. Te apuesto a que nos sacará de este apuro.

Ella apoyó su cabeza en mi hombro.

—Perderás la apuesta. Nadie es capaz de burlar a Krasov sin llevar el castigo correspondiente.

Nuestro diálogo se vio interrumpido por el brusco chirriar de la puerta. Se abrió y luego se encendió la lámpara de la mesa.

Entraron cuatro hombres, de los cuales ya conocía a tres. Big James Roel y Joe Mulligan, que casi terminan con nosotros en Nueva York, eran dos de ellos.

El tercero, un tipo delgado y moreno, con cara de halcón, se parecía a la fotografía de Gino Gaenza como un huevo a otro huevo.

El cuarto hombre, por muchas razones, merece descripción aparte.

Tenía una estatura que se salía de lo corriente, casi como la de Big James, pero perfectamente proporcionada, como la de un atleta.

Su cabello era rubio pálido, casi blanco y lo llevaba muy, corto, algo parecido al cepillo que había visto en las cabezas de muchos alemanes.

Sus ojos azules y los rasgos de su notable rostro indicaban gran

inteligencia, pero algo que no se lograba descubrir deshacía la buena impresión que pudiera producir a primera vista. Daba la sensación de ser una máquina más que un hombre.

¿Conque éste era Krasov, el hombre que había querido él sólo derrotar a los Estados Unidos de América?

No quisiera parecer un estúpido, pero me parecía capaz de haberlo logrado. Si alguna vez me han dado escalofríos al contemplar un hombre, fue entonces.

Luego, al pensar en que Chang y yo habíamos conseguido hacer fracasar sus planes en unas pocas horas, me sentí más importante que nunca en mi vida, hasta el punto que creía poder mirar a aquel tipo de arriba a abajo.

—No esperaba su visita —la voz de Krasov era tan notable como el resto de su persona—, al menos tan pronto. Es una suerte que ustedes, los occidentales, tengan tan poco dominio sobre los nervios. Entró usted en la habitación como un oso en su madriguera, armando el mayor ruido que pudo. Estábamos todos allí, pero no tenía ojos sino para esa traidora. El sentimentalismo y el trabajo no deben mezclarse nunca.

Tenía un ligero acento extranjero y carecía por completo de inflexiones. Era tan frío como una barra de hielo. No pude evitar sonreír.

Me hubiera gustado escupirle a la cara que no habría explosiones de ningún género en mi país, que todo estaba descubierto, pero me contuve.

Me limité ya he dicho, a sonreír.

—Ya sabrá que Katinka no ha querido contestar a mis preguntas. El destino que les aguarda es bastante negro.

Al decir esto sonrió él también, y no pude evitar la sospecha de que sus palabras tenían algún sentido oculto que no podía adivinar.

—Pero quizá con un poco de condescendencia por su parte podría ser evitado, en parte por lo menos. ¿No quiere hablarme de sus planes y de lo que buscaban cuando forzaron mi caja fuerte, esta tarde? No tengo mucho interés, pero sí el suficiente para hacer alguna concesión.

Permanecí mudo. Krasov dejó de sonreír y prosiguió hablando con el mismo tono frío e impersonal:

—Creo que debo hablar más claro. Como ya habrá podido

adivinar, mis asuntos son demasiado importantes para permitir que sigan viviendo después de lo que ha ocurrido. Tienen, pues, que ser eliminados.

Hizo una pausa y, sonriendo malévolamente, continuó:

—Las concesiones a que me refería podrían consistir en terminar con ustedes por la vía rápida, al estilo de su país. Un tiro en la nuca y se acabó todo. Si se obstina en callar, la cosa será más lenta y penosa, se lo aseguro.

Como ya mencioné antes, tenía ahora mi cerebro completamente claro. Me sentía débil y agotado, pero podía pensar con toda lucidez.

—Desde luego —afirmé—, puedo decir algo. Por ejemplo: que es usted el cerdo más asqueroso que me he tropezado en mi vida.

Apareció otra vez aquella mecánica sonrisa en su pulcramente afeitado rostro.

—No son modales para un caballero —contestó—. Nosotros acostumbramos a soportar las contrariedades con mayor dominio de nervios. Somos más objetivos y esto nos llevará a dominar el mundo, créalo usted o no lo crea.

—Se equivoca, camarada Krasov —opuse—. Para conquistar, para vencer y para convencer hace falta valor, comprensión y respeto hacia la Humanidad, por despreciable que nos parezca personalmente. Y estas cualidades residen en el corazón.

Enarcó las cejas Krasov.

—El corazón no es más que una víscera, importante, pero víscera, y su misión es empujar la sangre por las arterias.

¿A qué seguir con aquella estúpida conversación? El cerebro de aquel hombre estaba relleno de papel y puede que hasta tuviera un mecanismo de relojería, pero lo que era seguro es que nunca llegaríamos a un acuerdo. De modo que cerré la boca y no dije una palabra más.

—¿Debo entender que rechaza mi opinión?

Seguí en mi obstinado silencio.

—Bien, por lo menos supongo que conocerá un lugar situado al sudoeste de la isla. Es una pequeña población y se llama La Brea. ¿Ha oído alguna vez hablar de él?

Asentí con la cabeza. Conocía el nombre. Era el famoso sitio de donde sacaban el asfalto que una vez pavimentara tantas calles en

los Estados Unidos. Supuse que ahora tendría otras aplicaciones.

—¿Y sabe también que a tres cuartos de milla de la población se encuentra Pitch Lake, el lago de asfalto? Debe tener una profundidad inmensa, a juzgar por el hecho de que han estado sacando alquitrán de allí durante sesenta y cinco años y solamente ha descendido de nivel unos treinta y cuatro pies. Es magnífico sitio para hacer desaparecer un cadáver con la completa seguridad de que nunca será hallado. Pensaba arrojarles allí después de matarles, pero su negativa a ayudarme me obliga a decirle que irán al mismo sitio, pero... ¡les arrojaré vivos! ¿Hablará ahora?

Bien sabe Dios que por salvar a Katinka de aquella agonía hubiera sido capaz de arrojarme yo mismo al viscoso lago de asfalto, pero estando la seguridad de mi país de por medio, no tenía opción.

Traté de decírselo así a Katinka con una mirada.

CAPÍTULO VIII

Viernes, 11,30.

Estoy seguro de que ella comprendió que no podía hacer nada para evitar el terrible fin que nos amenazaba. Krasov consultó su reloj y luego miró a sus secuaces.

—Está bien —dijo—. ¡Amordazadles!

El brutal Big James Roel se encargó de ponerme una mordaza con un pedazo de tela, que me pareció una toalla. Katinka sufrió la misma suerte por parte de su compinche Mulligan. En un momento nos tuvieron preparados para el viaje hasta el fin.

La avanzada hora de la noche no impedía que los habitantes de Trinidad, sin distinción de razas ni colores, se estuviesen divirtiendo de lo lindo, llenando la calle con sus charangas y comparsas de máscaras.

El automóvil de Krasov esperaba ante la puerta y cierta esperanza tenía yo de que alguien se diera cuenta de lo que ocurría y lo comunicara a las autoridades.

Pero Krasov era bastante inteligente. Sobre la cara nos pusieron unas máscaras de goma, que ocultaron por completo nuestro amordazamiento.

Ellos también se pusieron otras y cuando nos sacaron de la casa para meternos en el coche, llevándonos cogidos por los brazos, la escena tuvo una aceptable naturalidad.

Tomó el volante Mulligan. En el asiento trasero íbamos los otros cinco, sin duda como medida de precaución, aunque poco podía hacer yo, con las manos sujetas a la espalda por unas esposas.

La luna no había salido todavía y no era posible divisar el

paisaje desde el automóvil, pero hice un esfuerzo mental por recordar el mapa de la isla. Sí. Pitch Lake estaba al Sudoeste, frente a la población de La Brea.

La distancia sería de unas cuarenta y cinco millas, por la carretera costera que lleva a Chaguanas, Esperanza, San Fernando y Point Fortin. No tardaríamos mucho en llegar, desgraciadamente.

La idea de que Chang pudiera haber vuelto en mi busca se desvaneció de mi mente como una nube de humo bajo el viento.

Estábamos abandonados a nuestras propias fuerzas, que no servían para nada en aquel preciso momento. Pedí a Krasov que nos quitara las horribles máscaras de goma y accedió a ello. Al menos, si tenía que morir, que pudiera ver el rostro de Katinka durante el mayor tiempo posible.

Ella estaba serena, como si fuéramos a hacer un viaje de placer, o por lo menos su semblante no expresaba angustia y lo preferí así.

Morir en plena juventud ya es bastante duro para hacerlo en compañía de personas acobardadas. El valor allana el camino.

Durante un espacio de tiempo, que calculó en treinta o cuarenta minutos, nos limitamos a guardar el silencio más absoluto, sin que se oyera otro sonido que el gemido de las llantas sobre la carretera y el suave ronquido del motor.

Krasov era parco en palabras y sus hombres estaban preocupados ante el trabajo que se les presentaba.

Por nuestra parte, tanto Katinka como yo hubiéramos deseado decirnos muchas cosas, pero la presencia de aquellos rufianes nos impedía cualquier clase de conversación.

Entonces apareció la luna por el horizonte. Esto me dio una idea de la hora. La salida estaba señalada por el calendario para las doce.

Vi que el conductor aminoraba la marcha. Habíamos llegado ante una bifurcación de la carretera.

Tomamos por el ramal de la izquierda, pero tuve tiempo de ver unas luces por la derecha. La iluminación de La Brea.

Quería esto decir que estábamos ya en nuestro destino. La claridad que esparcía el astro nocturno no era muy grande, pero en comparación con la oscuridad que reinaba anteriormente, permitía bastante visibilidad.

Cuando el coche se detuvo ante una línea de árboles, distinguí a

través de los huecos la negra superficie del lago de asfalto.

¿Sería capaz Krasov de cumplir su amenaza? No tuve que esperar mucho tiempo para saberlo.

Nos sacaron del coche y nos hicieron avanzar hacia la movediza superficie. Durante el día, bajo el ardor de los rayos solares, el alquitrán se reblandece bastante.

En cambio, la frescura de la noche permite caminar sobre la superficie con relativa seguridad, a menos que se detenga uno demasiado tiempo en un punto, con el consiguiente riesgo de quedar preso en la viscosa materia.

Atravesamos una línea de vías para vagonetas que se utilizaban, para el transporte del material por los obreros de la empresa encargada de la explotación. Terminamos por internarnos una buena tirada.

Había leído yo que de cuando en cuando aparecían enormes huecos bajo el negro lago, sin duda de animales prehistóricos que habían sucumbido presos en él.

También que el agua de lluvia formaba pequeñas lagunas, donde había peces. Cerca de uno de estos efímeros lagos nos detuvimos.

Big James nos sujetó las piernas con una cuerda. Krasov me miró, expectante. Le devolví la mirada con toda la firmeza que me fue posible.

Hizo una seña a sus brutales secuaces y todo ocurrió en un momento. Un empujón a cada uno y Katinka y yo caímos de bruces sobre el lago de alquitrán.

Mi primera preocupación fue dar la vuelta para quedar boca arriba. Vi que, instantáneamente, Katinka hacía lo mismo y pude ver a los malvados asesinos alejarse de nosotros. Para ellos éramos asunto concluido.

Como mencioné antes, el alquitrán estaba regularmente duro, debido al fresco de la noche, pero al cabo de unos momentos comprobé, con el consiguiente terror, que mis hombros empezaban a hundirse en el asfalto.

Confieso que jamás sentí la angustia y el miedo que experimenté en aquella ocasión. ¡La cabeza primero! ¡Qué forma tan horrible de morir!

Si al menos hubiera estado sin la mordaza, quizá a fuerza de gritos, habría acudido alguien, pero así no teníamos la menor

esperanza.

Intenté rodar sobre mí mismo para acercarme a Katinka, pero mi ropa estaba ya presa fuertemente por la negra sustancia.

Como los pájaros en la liga, con la diferencia de que quizá pasarían siglos antes de que nuestros huesos fueran rescatados.

Recé. Empecé a rezar como no lo había hecho desde que era un niño.

De pronto, como fantasmas surgidos de la niebla, aparecieron dos figuras humanas. ¿Era Krasov, que venía a divertirse contemplando nuestra espantosa agonía?

Los rayos de la luna iluminarán de lleno una de las siluetas y pude percibir fugazmente su cara. ¡Chang! ¡Era Chang!

Y estaban buscando, porque andaban en círculos. Empecé a gruñir por la nariz tan fuerte como fui capaz.

Era un sonido muy poco potente, pero en medio del silencio de la noche debió ser bastante, porque se detuvieron los dos hombres.

Luego llegaron hasta donde estábamos y nos vieron.

—¡Por aquí, Morton! —La voz de Chang sonó en mis oídos como música celestial.

Se precipitó sobre mí y empezó a cortar la mordaza con su navaja, Morton estaba haciendo lo mismo con Katinka. Cuando me vi libre de ella, empecé a gritar:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Dios mío!

Estuve repitiéndolo una y otra vez mientras que mi amigo sonreía satisfecho.

Debieron ir piscándole los talones a Krasov cuando nos trajeron al lago ya que se habían presentado con tanta celeridad. Y llegó el momento de sacarnos de allí.

Agarraron a Katinka por los hombros y tiraron de firme antes de conseguir levantarla.

No pudieron deshacer los nudos de la cuerda que sujetaba sus muñecas porque aquello era una masa de alquitrán pegajoso. De modo que tuvo que conformarse con quedar libre de manos y piernas, pero hecha una calamidad y con pegotes por todo el cuerpo.

Conmigo fue todavía peor. Como mi peso era mayor, me había hundido más y trabajaron como negros hasta que me liberaron.

La parte posterior de mi camisa y pantalones se quedaron

pegadas al asfalto y uno de los zapatos de Chang también desapareció.

Pero y esto es lo importante, media hora más tarde estábamos en camino a la base de Chaguaramas, sucios, destrozados y cansados hasta los huesos, más con vida.

Mientras el coche corría por la carretera, le pregunté a Chang el motivo de su oportuna aparición.

—Estaba muy preocupado —explicó—, de modo que en la base dejé el radiograma que debían transmitir al coronel Olsen y salí con Morton en tu busca. Cerca de Port of Spain, descubrí tu chaqueta, tirada en medio de la carretera.

—Me di una vuelta por la casa de Krasov. En la alambrada de la tapia, por la parte posterior del edificio, dejaste la mitad de los pantalones, distribuida en pequeños jirones y con acompañamiento de algunos trozos de piel. De modo que ya no tuve duda de dónde estabais y esperé.

—Hubiera podido pedir socorro a las autoridades, pero el jaleo que se hubiera armado habría sido demasiado grande. Y hubiera ido contra mis planes. Resultaba más fácil esperar a ver qué pasaba ya que Krasov no hubiera intentado nunca mataros dentro de su casa.

—Es agente consular de su país en la isla y se exponía a ir a la horca. Lo demás es sencillo. Nos limitamos a seguir vuestro coche y a llegar en el momento oportuno.

—Me parece, Chang, que hay algunas cosas poco claras. ¿Por qué no intervenir antes de que nos hicieran pasar aquel mal rato?

—Ya te he dicho que hubiera ido contra mis planes. Además, ¿quién te dice que no hubiera empezado a quitarnos de en medio en caso de ataque por nuestra parte?

Aquello era razonable. Parecía como si lo único posible fuese lo que Chang había hecho y, por mi parte, no le di más vueltas al asunto. Y llegamos a la base.

Sería muy pronto describir aquí el trabajo, que nos costó deshacernos de los fragmentos de alquitrán que teníamos encima a fuerza de gasolina y otros disolventes más potentes.

El caso es que, cuando nos vimos otra vez hechos unas personas, con la salvedad de que Katinka tuvo que sacrificar parte de su pelo para librarse de la pegajosa masa y yo creía que podía ir a descabezar un buen sueño, Chang me dijo que no pensara en ello.

Teníamos que volver a los Estados Unidos en seguida.

—Pero... ¡si el caso está ya resuelto! —Opuse, asombrado.

—¿Tú crees, Bill? —me repuso, con una irónica sonrisa—. Y el asesinato del profesor Halsey, que tú has dado en llamar «el caso de la daga invisible», no puede quedar impune. En cuanto a Krasov y Gaenza, con Mulligan y Big James, tengo el proyecto de que paguen sus crímenes en la silla.

Volvía a tener razón. El hecho de haber salvado a mi país al mismo tiempo que nuestras vidas, me hizo olvidarme de que quedaban muchos cabos sueltos.

De modo que, acompañados por una escolta de soldados americanos, salimos de la base, para el aeropuerto de Piarco aquella misma noche. Nuestro «Shooting Star» estaba listo para elevarse.

Aunque sólo disponía de dos plazas, nos arreglamos para meter también a Katinka, de quien ya no pensaba separarme, pues tenía ciertos proyectos para el futuro relacionados con ella.

A las seis de la mañana, cuando estaba amaneciendo, despegamos con rumbo a Nueva York.

CAPÍTULO IX

Vuestro cuartel general de la Sexta Avenida estaba desconocido. En primer lugar, por la presencia de Katinka.

En segundo, porque fui víctima de la famosa «gripe asiática» y estuve cerca de dos semanas enfermo.

Supongo que el agotamiento y las penalidades del asunto Krasov habían terminado con mis reservas y fui una fácil presa.

El caso es que tuve que estar en la cama mientras Chang se dedicaba a cerrar el último cabo de su red para atrapar a sus hombres.

Llegó el momento en que ya pude levantarme y siguiendo los consejos del doctor, procuré no hacer ningún trabajo y descansar lo más tranquilamente que me fue posible.

Justamente habían transcurrido casi las dos semanas mencionadas, cuando una noche apareció por casa con un semblante que rebosaba satisfacción. Por lo visto, las cosas le iban bien.

Le seguí a su despacho.

—Me encuentro perfectamente —dije.

—Lo celebro —fue la lacónica respuesta.

—Quiero decir que ya puedo salir a la calle y actuar a tu lado, como siempre hemos hecho. Me miró con la risa brillándole en los ojos. —Siéntate.

Lo hice así.

—El último capítulo de la aventura va a terminar en seguida, puede que esta misma noche o mañana, pero pronto. Mi plan era el siguiente:

—Primero, evitar que Krasov se enterara de que no habíais muerto. Segundo, investigar quién pudo ser el cómplice de ése espía

en los Estados Unidos. Tercero, aguardar la llegada de Krasov. Cuarto, asustar al cómplice para que Krasov hiciera lo único que puede salvarle: quitarle de en medio.

Hizo una pequeña pausa, como acostumbraba cuando relataba algo.

—Bien, pues todo marcha a pedir de boca. Krasov no sabe que estáis vivos. He hecho una investigación acerca de los compañeros del difunto doctor Halsey.

—Uno de ellos, joven ingeniero especializado en física nuclear, ha adquirido propiedades y acciones en los últimos seis meses por un importe de casi dos millones de dólares. Sospecho que él ha sido quien ayudó a Krasov a montar las bombas ya que ese individuo no es un experto en la materia. Se llama Richard Bigelow.

—Krasov se ha presentado de nuevo en Nueva York. Por nuestra parte, hemos hecho casi diez visitas a Bigelow para interrogarle acerca de la muerte del doctor Halsey, de modo que está aterrorizado.

—Tenemos intervenidas las líneas telefónicas de Bigelow y Krasov y hemos registrado una llamada que demuestra que el traidor está a punto de morir de miedo. Krasov sabe que le delatará a la menor intimación.

Se interrumpió para encender su pestilente pipa.

—De modo que ahora, sólo hay que esperar que Krasov se presente para liquidar a su antiguo cómplice. Seguramente le ayudarán Gaenza y su banda. Por tanto, caerán todos en la trampa.

Una ida me rondaba la cabeza:

—¿Cómo sabes que la detención de Krasov nos dará la oportunidad de presentar pruebas de su participación en la muerte de Halsey, así como de la manera que se llevó a cabo el crimen?

—Es la única oportunidad que tenemos. Quiero decir que espero una cosa: que el arma que empleen contra Bigelow sea la misma que mató a Halsey.

—¡La daga invisible!

—Eso es. La daga invisible, que se desvanece sin que quede ningún rastro, excepto un poco de agua con amoníaco en el interior de la herida. Prepárate si quieres ver el último acto del drama.

La residencia de Richard Bigelow estaba situada cerca de Cliffside Park, en Nueva Jersey. Era una casa de dos pisos, rodeada de un sombrío jardín, poblado de corpulentos árboles.

Según los informes de Chang, vivía completamente solo, por lo cual habíamos invadido los alrededores en la más completa impunidad.

El teniente Davis y varios de sus hombres, miembros de la Policía neoyorquina, habían tomado posiciones bajo los árboles con toda clase de precauciones.

Chang esperaba que fuera aquella noche la elegida por Krasov para presentarse, pero yo no tenía la misma seguridad. Y el lugar resultaba tétrico de veras, bañado por la apagada luz de la luna.

La espera se prolongó hasta cerca de las dos de la madrugada. Empezaba ya a desalentarme, cuando Chang, agazapado junto a mí en las sombras, apretó su mano contra mi brazo.

La puerta de hierro del jardín estaba abriéndose lentamente. Esforcé, la vista cuanto pude.

Entraron cuatro sombras oscuras y les vi caminar por el sendero, camino de la puerta principal de la casa.

—¡La banda completa! —susurró Chang en mi oído.

Asentí en silencio. Todo iba como sobre ruedas. Los cuatro hombres llegaron ante la puerta y uno de ellos llamó, pulsando el timbre. Chang hizo una seña a Davis y empezó la función.

Se encendieron unos reflectores, iluminando a los forajidos completamente.

Utilizando un megáfono eléctrico, habló el teniente:

—¡Estáis cercados! ¡Tirad las armas y avanzad con las manos en alto!

Así hubiera resultado todo demasiado sencillo. Los bandidos sabían lo que les aguardaba, de modo que echaron mano a las pistolas.

Trataron de buscar refugio detrás de unos macizos de arbustos que reposaban en unos recipientes de cemento. El plomo empezó a silbar.

Tuvimos que echar cuerpo a tierra para repeler la agresión. Sin embargo, la superioridad de número y armamento de que disponíamos tenía que hacer sentir su efecto muy pronto.

Uno tras otro fueron cayendo los bandidos, hasta que sólo quedó

uno en pie. Terminó por levantar las manos y pudimos aproximarnos. Era Gaenza.

Big James Roel y Joe Mulligan estaban muertos y Krasov presentaba una herida en el hombro izquierdo. Había perdido el sentido a causa de una rozadura de bala en la cabeza, pero aquello no tenía importancia.

De la casa sacamos al despreciable traidor Richard Bigelow, traidor a su patria por dinero y fueron a parar a la cárcel unos y otros al hospital.

Junto al caído Krasov se veía una especie de caja metálica de pequeño tamaño. Chang la cogió y me la enseñó. Era una de las dos que habíamos visto en Trinidad, cuando forzamos la caja fuerte de Krasov.

* * *

Hubo una pequeña reunión en el despacho del fiscal aquella madrugada. Los hechos fueron saliendo a la luz y mis notas fueron de capital importancia para que las cosas quedaran claramente expuestas. Sólo un punto quedó por explicar cuando Chang terminó su relato.

—Con referencia a la muerte del profesor Halsey, esta caja de metal contiene la lógica solución y constituye la prueba que condena a Krasov.

Tomó el agente la caja y la sostuvo entre las manos, de modo que el orificio que presentaba una de sus caras estuviera mirando hacía la pared.

Apretó el lugar que ya descubriéramos en Trinidad cuando la examinamos por primera vez.

Sonó el estampido, pero ahora un desconocido proyectil se clavó en el estuco del muro, haciendo saltar el yeso.

Cuando intentamos extraer el proyectil, no conseguimos más que comprobar que el agujero de la pared estaba mojado y era cada vez más grande, hasta que quedó espacio suficiente para introducir por él un pulgar.

Chang manipuló en la misteriosa caja durante algunos minutos y consiguió abrirla. Tenía un mecanismo eléctrico y algo que lejanamente recordaba una pistola de un tiro, cuyo cañón llegaba hasta el orificio de la caja.

—El sistema es desconocido para nosotros, pero muy ingenioso. Se trata simplemente, de una pistola que dispara proyectiles de ¡hielo! Este sistema eléctrico mantiene la temperatura adecuada. Las bajas temperaturas no afectan a la pólvora especial de que está dotada. De modo que Krasov tenía a su disposición un medio de eliminar a la gente cuya pista no se podía seguir ya que en la herida no aparecía la bala. Ésta es la razón de que en el cuerpo del profesor Halsey se encontrara un poco de agua con una ligera solución de amoníaco.

Cuando dejamos al fiscal ya tenían las suficientes pruebas para que la condena de los bandidos fuera cosa segura.

La sensación que se experimenta cuando termina un trabajo tan importante como el que acabábamos de solucionar nosotros es una verdadera necesidad de descanso.

Hicimos en el coche el viaje de regreso a la Sexta Avenida sin cambiar una palabra.

Y arriba, en nuestro departamento, me aguardaba una sorpresa. Katinka había desaparecido. Sobre la mesa del despacho de Chang encontré una carta que lo explicaba todo.

«Esta mañana he leído una noticia —decía en ella— que me ha conmovido profundamente. Se refería a un grupo de personas que han escapado hasta Alemania. Huyeron del mismo campo de concentración donde estaba mi padre. Viene la lista de los fugados y mi padre figura entre ellos. ¿Comprendes?».

«Dios es bueno conmigo hasta el último momento. Sé que deseas que me quede contigo y que quieres preguntarme algo de gran importancia para los dos. Pero ahora mi deber es reunirme con mi padre y por eso te dejo».

«Y también porque necesito algún tiempo para asegurarme de que merezco la pregunta que quieres hacerme».

«Hasta entonces te recordará siempre, Katinka».

Chang estuvo leyendo por encima de mi hombro.

—Te debo una satisfacción por el puñetazo aquél, ¿recuerdas? Merezco que me lo devuelvas por haber llegado a dudar de ella. Es una gran muchacha.

Lo mismo pensaba yo, pero se había marchado. Comprendía sus razones, sí. Mas era algo triste aquella separación después de las aventuras que habíamos corrido juntos.

—Y tú tampoco te has portado mal, ¡demonio! Confieso que, gracias a ti, con la idea que me diste respecto a la clave, empecé a ver claro en este asunto.

¿Qué más puedo añadir?

FIN



EDITORIAL ROLLAN

ha creado para usted esta extensa serie de bolsilibros, cuidando una esmerada presentación, mas reales y mejores argumentos, y una perfecta selección de los mas famosos autores que garantizan la alta calidad de

FR

OESTE

PATRULLA
DE COMBATE

COLECCION

Romance

FBI
Selecciones



RURALES
de TEXAS

EXTRA-OESTE
GANGSTERS

y
LA
COLECCION
SIN RIVAL

FBI

PRECIO DE ESTE VOLUMEN

EDITORIAL ROLLAN 10 pesetas